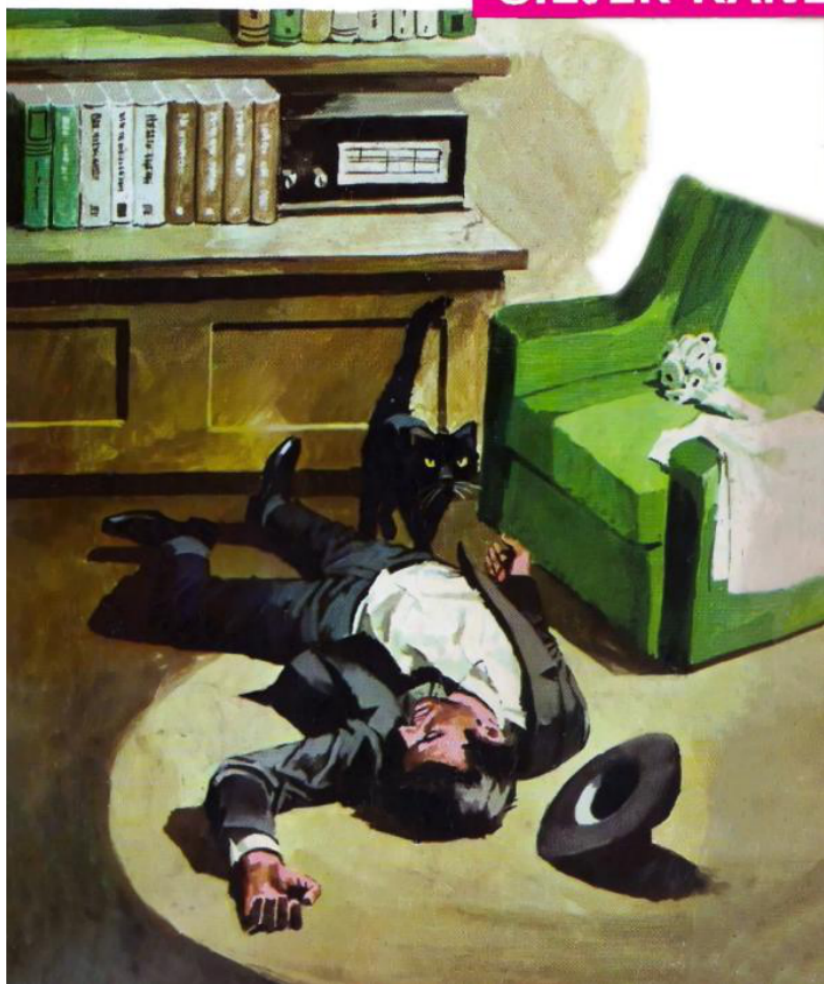




la novia traía sangre

SILVER KANE



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA NOVIA TRAIA SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 483
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 19.790 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio 1971

© SILVER KANE - 1971
sobre la parte literaria

© MANUEL BREA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.229 — Los naipes del muerto.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.092 — Un ataúd en la Casa Blanca.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
738 — Infierno: capital Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666 — Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO:
924 — Que no se enfríe el cadáver.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
515 — La casa del eterno olvido.
- En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
472 — Los tiburones.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
81 — Canción para los muertos.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
27 — Whisky y dinamita.

CAPÍTULO PRIMERO

UN VESTIDO DE NOVIA

Bueno, usted ya podía imaginarlo, amigo.

Esto es Nueva York.

Ésta es una condenada ciudad donde o triunfas o te hundes, donde sólo se te calibra por tu cuenta corriente y donde, el día que pierdes un empleo, la mujer te abandona porque dice que no sirves para nada.

Nueva. York.

Una isla de piedra donde se trabaja y una serie de distritos-dormitorio donde la gente va por las noches a estirar la pata, mientras piensa en el dinero que le queda y mientras la mujer le pide una lavadora nueva porque los vecinos la han comprado. Y donde los hijos piden un coche nuevo cada año porque de lo contrario van a tener complejo de incomprendidos.

Una serie de pozos entre los rascacielos, unos bares pequeñitos donde la gente se pone a soñar delante de un vaso de *whisky*, unos cines donde se exhibe el último desnudo de la última *starlette* que sueña con comerse Hollywood. Nueva York es eso.

Y sin embargo, a mí me gusta.

Aquí, aunque parezca mentira, se respeta a la gente más que en Europa.

Hay menos hipocresía.

Se le suele decir a la gente la verdad.

Todo está organizado.

Y es muy fácil hundirse, pero también es fácil llegar. Bastante más que en Europa, donde ya todo está agotado.

Cuando yo vine a Nueva York, pensaba llegar.

Llegar hasta lo más alto.

Subí al Empire State Building y miré la ciudad a mis pies.

Iba a conquistarla.

De pronto pegué un resbalón de espanto y por poco me hago papilla contra el pavimento de la calle. Tuvieron que llevarme a la enfermería.

No me desanimé y subí al Rockefeller Center días más tarde.

También desde allí se divisaba una magnífica perspectiva de la ciudad tendida a mis pies.

También iba a conquistarla.

Pero, cuando bajaba, uno de los ascensores tuvo un accidente y se desplomó desde el segundo piso hasta la planta baja. Si llega a tener el accidente un poco más arriba, nos hacemos papilla todos. Fue entonces cuando me di cuenta de que en Nueva York no es tan fácil llegar a la cima. O al menos que no iba a conquistar la ciudad tan pronto como pensaba.

De todos modos no me desanimé.

Yo quería llegar a ser el detective privado más importante de los Estados Unidos.

Había alquilado un despacho en la Avenida Nueve.

La Avenida Nueve ya es bastante pobre.

Había contratado una secretaria negra.

Las negras cobran menos.

Pero estaba como un tren.

Y cada vez que intentaba largarle un pellizco, ella me atizaba un golpe de monedero que me dejaba K. O.

Las negras tienen más fuerza.

Con todas esas cosas usted, amigo, habrá comprendido ya que los negocios no me marchaban demasiado bien.

Y aquella mañana aún iban a marcharme bastante peor.

Necesitaba pagar el alquiler.

Y el sueldo de la secretaria.

Y el seguro de accidentes y de defunción para mí. Porque un investigador privado, al menos eso sí que necesita tenerlo bien cubierto.

De modo que fui a hacer unos cuantos cobros por algunos trabajos que aún tenía pendientes de liquidación.

Trabajos hechos para gente de confianza.

Por ejemplo, para Sam Porter, corredor de apuestas. Cuando

llegué a su casa con la factura en la mano, el tío salía echando espuma. Dos policías lo llevaban esposado hacia el coche celular.

Pero no me desanimé.

No todos mis clientes son corredores de apuestas.

También tengo negociantes serios, gente solvente y que está muy arriba en el mundo de las finanzas.

Por ejemplo, Lucas Komby.

Lucas Komby tiene un negocio de antigüedades en la calle Cincuenta. Cuando llegué allí con la factura en la mano, le estaban precintando la puerta.

El precinto decía: «Cerrado por quiebra».

Pero tampoco me desanimé.

Esos contratiempos los tiene cualquiera.

De modo que fui a cobrar a casa de Michael Sturmer.

Ése sí que es un tío.

Tiene una casa de seguros así de grande.

¿Cómo explicárselo? Perdonen, pero ahora no tengo a mano ninguna caja de cerillas. De todos modos pueden hacerse idea.

Fui al establecimiento de seguros de Sturmer y entré de costado en el despacho, porque entrando de frente quizá no hubiera cabido.

La secretaría se estaba tensando una media.

Y yo me fijé en ella como si fuera fabricante de tejidos.

Pero no en la media, sino en lo que había debajo.

Por aquello de lo estrecho que era el sitio, intenté largarle una andanada con los diez dedos. Pero ella me largó otra con los dos puños y me venció por puntos.

En fin, que aquél no era mi día.

Sturmer me hizo pasar.

Sturmer sí que es un hombre serio, con impecables referencias. Detrás de su mesa tiene un diploma acreditando que cuando estudiaba primer grado era un niño de buena conducta.

Esas cosas, ya se sabe, siempre inspiran confianza.

Le presenté la factura.

Tiempo atrás había hecho una investigación para él, acreditando que su señora le engañaba.

Pero Sturmer por poco me echa por la ventana.

Me dijo que aquellos informes eran falsos.

Que su señora no le había engañado nunca.

Y que me fuera a cobrar a la primera alcantarilla que había en la calle, saliendo a mano derecha.

Fue inútil que protestara.

Cuando salía, de todos modos, lo comprendí.

La secretaria, que ahora se tensaba la otra media, cuchicheó:

—Es cierto lo de su señora. Pero el tipo que salía con ella ha puesto dinero en el negocio de Sturmer...

En fin, ya lo ven ustedes. Nueva York es una ciudad la mar de espiritual.

Pero había que aguantarse.

Aún me quedaba una factura, es decir una esperanza.

Fui a ver al profesor Miller.

El profesor Miller es un sabio para el que había hecho una investigación sobre el registro de cierto invento.

Tiene una casa fastuosa.

Llena de aparatos raros.

Llena de armarios.

Llena de goteras.

Llena de ratas.

Pero ¿qué quieren que les diga?, yo creo en el profesor Miller. Yo soy de los que piensan que la ciencia tiene un lugar en el mundo.

Lo encontré en su laboratorio.

Trabajaba entonces en conseguir una nueva especie animal que revolucionaría las granjas y la alimentación humana, haciéndola más barata y más sabrosa. Sencillamente, experimentaba con un ovario de gallina y con un testículo de conejo.

Al ver mi factura, hizo un gesto afirmativo.

—¿Treinta dólares? Eso es muy poco.

—Es lo que le pedí, profesor.

—Ridículo, ridículo... Usted merece cien.

—Eso está fuera de dudas, profesor, pero nadie quiere pagármelos.

—Yo sé los pagaré.

—Profesor, deje que le dé un abrazo.

—Y yo le daré otro.

—Usted más vale que me dé cien dólares, profesor.

—¿Qué cien dólares? Le daré quinientos.

—Es usted un tío, profesor.

—¿Digo quinientos? ¡Qué ridiculez! ¡Le daré mil!

—Es usted dos tíos.

—¿Qué son mil dólares comparados con los mares inmensos de la eternidad y de la ciencia?

—Nada, profesor, nada. Una verdadera porquería.

—Por eso no voy a discutir su factura. Usted merece mucho más. Puede que suba hasta los mil doscientos cincuenta.

Yo estaba entusiasmado.

La solución de todos mis problemas. La riqueza. Tal vez la fama.

—Profesor —dije—, es usted dos tíos y medio.

Pero no cobré. Ni siquiera los miserables treinta pavos que yo llevaba apuntados en la factura.

En aquel momento entraron dos fulanos con bata blanca.

Y se llevaron al profesor.

Éste pataleaba y chillaba, diciendo que aquello era un insulto a la ciencia.

Total, me quedé sin dinero y sin saber las maravillas que en un ovario de gallina puede hacer un testículo de conejo.

Como ya no tenía más facturas y estaba en total bancarrota, me dirigí a ver a mi amigo Johnny.

Necesitaba pedir un préstamo. Y Johnny no es de los que dejan en la calle a un amigo.

Él también se dedica a la investigación privada.

Pero es de los buenos.

De los que solucionan los asuntos.

Y de los que cobran.

Pensaba en eso mientras me dirigía a su estudio, situado en Riverside Drive.

A Johnny todo le va bien.

Nunca ha tenido un mal asunto.

Llegué a su estudio y empujé la puerta, que siempre tiene abierta.

Johnny es todo un tío.

Con suerte, ya lo he dicho.

A él todo le va sobre ruedas.

Lo encontré en el centro de la habitación.

Tendido en el suelo.

En medio de un charco de sangre.

Quedé petrificado.

Una serie de pensamientos, a cuál más confuso, me dejaron como anonadado y sin saber qué hacer. Lo primero que se me ocurrió pensar fue que dónde estaban sus dos secretarias. Pero enseguida lo comprendí mirando el reloj. Era la hora de la comida.

A Johnny debían haberle atizado minutos antes, cuando estaba solo. Me incliné sobre él.

Y vi con sorpresa que aún vivía.

No tenía pulso y era absolutamente incapaz de moverse, pero me di cuenta de que en su boca y sus fosas nasales aún había aliento. Aunque le habrían dejado por muerto, era posible que aún se salvase si intervenía a tiempo.

Lo giré un poco. Me di cuenta de que tenía dos impactos de bala en el pecho, balas disparadas sin duda con silenciador, porque nadie se había dado cuenta de nada en los despachos adyacentes.

Fui a descolgar el teléfono para llamar a una ambulancia.

Y en ese momento alguien más empujó la puerta.

Alguien que traía la cosa más insospechada del mundo en aquellos trágicos momentos.

Un vestido de novia...

CAPÍTULO II

LA HISTORIA QUE NUNCA EMPEZÓ

Mientras a toda velocidad transportábamos a Johnny a la clínica más próxima, porque había que intervenirle inmediatamente si se le quería salvar aún, yo iba pensando en todas aquellas cosas sin sentido. ¿Un vestido de novia? ¿Un vestido de novia para qué? ¿Y quién lo enviaba? ¡Mil diablos! ¿Es que en aquel extraño envío estaba la clave de todo?

Las horas siguientes transcurrieron para mí como en una extraña y absorbente pesadilla.

Ya no me acordaba ni del dinero. Ni de mi pobre secretaria, que aún no había cobrado.

Ni del papá de mi secretaria, que fue campeón del peso pesado y que a lo peor venía a «cobrar» él.

Pero Johnny es mi amigo. Él no me hubiera dejado solo en la calle.

Y yo no iba a dejarle solo en la clínica.

Llegué a perder la noción del tiempo.

Me sorprendió cuando creí despertar de repente ante la voz de aquella enfermera. La miré y me pareció regresar de otro planeta. El cenicero que estaba a mi lado aparecía abarrotado de colillas y de restos de paquetes de cigarrillos. Había fumado como un condenado a muerte. Todas las ventanas del pasillo estaban siniestramente oscuras. Debía ser muy tarde.

La enfermera repitió mi nombre.

—Señor Parker...

Antes de contestar consulté mi reloj. Eran nada menos que las once de la noche.

—¡Oiga, señor Parker...!

—¿Johnny está bien?

—Sí. La operación ha sido un éxito.

—¿Se salvará?

—Dicen los médicos que otra persona menos vigorosa hubiera muerto, pero que él tiene grandes probabilidades de salir con bien de ésta. Dentro de media hora podrá usted hablarle si quiere.

—Menos mal...

Y, lo digo sinceramente, me pareció en aquel momento como si me dieran la noticia de que se había salvado un hermano mío.

La enfermera susurró:

—Pero no he venido para esto, señor Parker.

—¿No? ¿Entonces para qué?

—No hay parientes del herido. Y parece que usted es su único amigo. Al menos lo trajo aquí.

—En efecto, yo soy su amigo. ¿Qué pasa?

—Los policías que están de vigilancia en el estudio acaban de telefonear. No lo entienden.

—¿Qué es lo que no entienden?

—Hace una hora alguien ha llevado allí un ramo de novia...

Entré en la habitación. Era amplia, confortable y hasta acogedora, si las habitaciones de las clínicas han sido eso alguna vez. Tenía dos ventanas por las que entraban las espesas sombras de la noche. Johnny, con el tórax vendado, me sonrió.

Estaba muy débil.

Pero aún era capaz de hablar con claridad y de sonreírle a un amigo. Johnny es así.

—Hola, Parker. Me han dicho que tú me has salvado la vida.

—Bueno... Yo me limité a encontrarte en medio de un charco de sangre que parecía el océano Pacífico.

—Si llegas a tardar diez minutos más, no lo cuento. El médico acaba de decirme que estaba en las últimas cuando me metieron en la ambulancia y empezaron a hacerme una transfusión por el camino.

—Johnny... Supongo que el hablar te cansa.

—Me han permitido conversar un cuarto de hora.

—¿Ya te ha interrogado la policía?

—Sí, pero ya no tienen a quién perseguir.

—¿Cómo que no? A tu asesino... Bueno, al individuo o

individuos que trataron de asesinarte.

—Fue uno solo. Y ya está muerto.

—Pero ¿qué dices, Johnny? ¡No había ningún cadáver en el estudio! ¡Ni en el edificio tampoco!

—Lo sé, pero está muerto.

—Todo esto es un condenado embrollo, Johnny. ¿Sabes lo que han traído cuando yo iba a llamar a la ambulancia?

—¿Qué?

—¡Un vestido de novia!

Como suponía, se extrañó.

No parecía entender aquello.

Sus facciones se volvieron un poco más pálidas de lo que ya estaban.

—¿Qué dijeron? —susurró—. ¿Quién hacia el envío?

—¿Crees que tenía en aquel momento la suficiente serenidad para preguntarlo, Johnny? Pensé que era un error e indiqué que lo dejaran sobre una silla. Inmediatamente telefoneé a una ambulancia y a la policía. El tipo que había traído el vestido no sabía qué pensar; pero se estuvo en el estudio, por si hacía falta algo, hasta que a ti te sacaron con los pies por delante.

—Seguro que era un error.

—Eso mismo pensé yo al principio, pero ahora me he dado cuenta de que no.

—¿Qué quieres decir?

—Lo del vestido de novia es algo que tiene un sentido, Johnny. No sé cuál, pero tiene un sentido.

—¿Por qué dices eso?

—Hace poco han llevado al estudio un ramo de flores. Un ramo de recién casada.

Mi amigo estaba realmente desconcertado.

Yo pensé que ya le había fatigado bastante y que aquella clase de emociones no le convenían.

Me dirigí hacia la puerta.

Pero él me detuvo con una voz que aún era sorprendentemente firme.

—Parker...

—¿Qué hay, Johnny?

—No te vayas aún. Tienes derecho, al menos, a saber algo de lo

que ocurre. Es más: considero mi obligación advertirte porque debes ir con cuidado. Podrían tratar de liquidarte a ti también.

—¿Quién lo ha hecho, Johnny?

—Siéntate, Parker. Al menos algo sí que puedo explicarte. Lo del vestido y el ramo de novia es algo que no entiendo, pero en cambio hay otras cosas que sí que tienen un sentido.

Tomé asiento en una silla al lado de la cama, para que él no tuviera que forzar la voz. La fortaleza de Johnny, sin embargo, se iba imponiendo. Era uno de esos tipos que aguantan lo que les echen. Más o menos como yo, que lo aguanto todo menos el hambre. Incliné la cabeza, se movió un poco —sus vendajes no le permitían más— y susurró:

—En cierto modo es una historia que no tiene principio. Es, por decirlo así, una historia que nunca empezó.

—Pero algún principio habrá que darle, ¿no?

—En efecto, algún principio hay que darle. Pero el modo como empezó... ¡fue tan sencillo! Escucha, condenado Parker, escucha... Puede que me canse y deje de hablar, pero mientras tenga fuerzas quiero que sepas con detalle en qué lío estás metido por mi culpa. Oyeme bien...

Me contó con voz velada y con frases breves y concisas aquella historia que en realidad no tenía principio.

Una historia que tampoco tenía final, porque él estaba en una cama de la clínica, con dos heridas de bala, y el cadáver o cadáveres de los hombres que intentaron matarle yo no los había visto por ninguna parte.

Esa historia es la que narro a continuación. La explico a mi modo y añadiendo los detalles que considero lógicos, ya que de otro modo quizá no tuviera sentido. Muchas cosas que Johnny me explicó en dos palabras, yo las desarrollo a mi manera, a fin de que posean una mayor claridad. Pero, en efecto, la historia de Johnny, al menos al principio, era muy sencilla. Tan sencilla que me pareció imposible que hubiera podido desembocar en un crimen.

Más o menos era esto.

Puede que a la policía le hubiera costado de creer. Pero yo me la tragué entera.

Quizá fue porque no había cenado aquella noche...

CAPÍTULO III

UNA PAREJA CON PROBLEMAS

Ya he dicho que Nueva York es una ciudad dura, pero donde se puede triunfar antes que en muchas ciudades europeas. Bueno, estupendo. Lo cual no quiere decir que no haya quien las pase moradas. Como muchos de los que quieren casarse y constituir un hogar. Como muchos que se enfrentan a los mismos problemas a que se enfrentaban Jim y Marta.

Los dos habían dejado el autobús que remonta la Quinta Avenida en las cercanías del Sheraton, en la parte norte de Central Park. Paseaban en silencio, cogidos de la mano, sobre los miles de hojas secas procedentes del parque, y que tapizaban el asfalto. No hablaban porque estaban sumidos en sus propios pensamientos. No hablaban porque sabían que, esta tarde, cada una de sus palabras podía ser un motivo para chocar.

Al fin fue Marta quien lo dijo:

Se desprendió de la mano del hombre para susurrar:

—En todas partes existen parejas como nosotros, Jim. En todas partes existen parejas que en esas tardes suaves y un poco tristes de los domingos pasean sus ilusiones, sus esperanzas, sus sueños... que quizá nunca se realizarán.

Jim torció levemente el gesto.

—¿A qué viene ahora eso, Marta?

Ella trató de sonreír, aunque su sonrisa carecía de convicción y de fuerza.

—¿Has mirado lo de aquel apartamento? —preguntó.

—Sí, pero es muy caro. Debemos dejar de pensar en eso, Marta.

—Siempre dejamos de pensar en cosas, Jim. No es que quiera reprochártelo ni cargarte con problemas, pero si eres sincero

reconocerás que nuestro noviazgo ha consistido sencillamente en ir matando nuestros propios sueños.

—Yo no diría tanto, Marta.

—¿Es que no te das cuenta? Es algo que no sé definir, es algo infinitamente triste, pero que cualquier muchacha de mi edad entendería. Primero, dejamos de pensar en mi vestido blanco de novia porque era muy caro; luego, en el viaje de bodas porque resultaba costoso; después...

Ladeó la cabeza y añadió con la misma voz susurrante:

—... Después decidimos olvidar el mobiliario y dejarlo para más tarde, pero el piso yo aún seguía soñándolo, Jim. ¡Yo soñaba vivir independiente contigo!

Jim frunció el ceño.

Habitualmente tenía buen carácter, pero esta tarde le ocurría algo que no era habitual. Estaba nervioso, inquieto. Debía ser para él una de esas tardes en que el mundo parece caérsele encima de uno. Con voz ronca masculló:

—¡Lo que ocurre es que tú eres una ambiciosa...!

Marta volvió la cabeza, asombrada.

—Pero, Jim, si yo... yo sólo pretendo...

—¡Sí, eso es! ¡He dicho bien! ¡Una ambiciosa! ¡Una de esas mujeres que no tienen bastante con nada!

—¡Jim...!

—¿Adónde quieres que vayamos a parar? ¿Qué he de hacer para conseguir el dinero? ¿Robarlo?

—Pero, Jim, tú tienes un porvenir... Tú, además de trabajar, estabas estudiando. Yo al menos siempre lo he creído.

—¡Estudio Química y cosas que me gustan, pero que no dan dinero! Y si lo que pretendes es convertirme en un esclavo... ¡más vale que te vayas a otra parte!

Y dio dos pasos bruscamente, para separarse de ella.

Todo lo que acababa de suceder podía parecer una riña de novios. Una de tantas riñas que a cada minuto están ocurriendo en las cinco partes del mundo.

Pero esta vez en los ojos de Jim había algo distinto.

Daba la sensación de que podía ser una riña definitiva.

Marta pidió:

—¡Por favor, no te vayas así, Jim! ¡Vuelve...!

Él no volvió.

Por el contrario, detuvo un taxi con gesto brusco, para que le llevara al otro lado de la ciudad, cerca de Mac Dougal Street, donde él vivía.

Marta cerró un momento los ojos.

Había palidecido, pero intentaba mantenerse serena.

Todo aquello era como una bofetada para ella.

Jim la había desanimado mucho no sólo en esta ocasión, sino también en otras. Era un hombre que no luchaba, y así no irían a ninguna parte. Además, lo poco que ganaba se lo gastaba no sólo en material de laboratorio para sus inútiles experimentos, sino también en diversiones...

Al fin, como había hecho otras veces, hundió la cabeza sobre el pecho y musitó como si hablara consigo misma:

—En fin, mañana se le habrá pasado. ¡Este Jim es tan impulsivo! Será mejor olvidar...

Pero ella sabía que iba a ser difícil.

¡El olvido, para una muchacha que no ha perdido las esperanzas, es lo más difícil del mundo!

También para un hombre que no ha perdido las esperanzas es muy difícil olvidar las piernas de la mujer a la que desea.

Muy difícil.

Y si no, pruebe...

Mientras tanto, Jim había dejado el taxi en Washington Square, encaminándose a pie hacia Mac Dougal Street. Iba abstraído y con la cabeza baja. Al subir a la acera casi tropezó con los escaparates de la tienda de Allister, que había mirado tantas veces.

Sin embargo, los escaparates de la tienda de Allister eran los que menos llamaban la atención en el barrio. Eran unos escaparates de risa.

Tubos de ensayo, probetas, balanzas de precisión, electrodos. Sólo a un tipo como Jim podían llamarle la atención. Un tipo que a pesar de todo sentía pasión por la Química.

Sus ojos se entrecerraron al ver algo que le interesaba.

Justamente las balanzas de precisión por las que había suspirado durante tanto tiempo estaban allí. Y tenían un buen precio.

Podía decirse que eran casi una ganga.

Chascó los dedos y entró decididamente en la tienda.

A pesar de que era domingo, Stewart, el hijo del dueño estaba limpiando unas probetas. Le dirigió una sonrisa.

—Hola, Jim.

—Hola, Stewart. Tú no descansas nunca...

—Iba a ir al Yankee Stadium a ver a los Giants, pero han suspendido el partido. Me he puesto a trabajar pensando que estaría solo cinco minutos y ya ves... Llevo toda la tarde.

—Oye, Stewart, esas balanzas, ¿son nuevas?

—No, no son nuevas. Las hemos comprado en una liquidación, pero están ajustadas. Son una ganga.

—¿Con garantía?

—Con garantía completa.

—Me gustaría llevármelas porque las necesito para unas experiencias que estoy haciendo. Pero oye, Stewart, ¿no podría pagáros las a principio de mes?

—Por mí no habría inconveniente, Jim, pero prefiero preguntárselo a mi padre. Nos debes ya bastante dinero. La factura de materiales del mes pasado aún no has venido a pagarla.

—De acuerdo, pregúntaselo.

Stewart se dirigió a la trastienda.

Jim quedó solo.

Y fue en aquel momento cuando sucedió. Fue entonces cuando vio aquella sombra.

En apariencia no tenía nada de especial. Pero ¿por qué Jim recordó aquel muerto que había visto caer cierta vez de un ataúd colocado verticalmente? ¿Por qué hubo de pensar precisamente en eso?

El hombre vestía una chaqueta a cuadros y un pantalón gris algo pasados de moda. Pero las prendas eran de calidad, es decir, iba pasado de moda no porque no tuviera dinero, sino porque no daba importancia a ese detalle. Debía tener unos sesenta años, pero se conservaba fuerte. Dirigió a Jim una sonrisa.

—Perdone, pero sin querer he oído su conversación —dijo—. Estaba en la puerta de la tienda.

Tenía un fuerte acento extranjero.

Un acento centroeuropeo, pensó Jim.

El hombre se acercó un paso más.

—Permita que me presente. Me llamo Piaskowi.

—Buenas tardes, señor Piaskowi. No tengo el gusto de conocerle.

—Se equivoca. Ahora nos conocemos ya.

—Quiero decir que no nos habíamos encontrado nunca antes de ahora. Pero si puedo servirle en algo...

En aquel momento volvía Stewart.

—Oye, Jim, me sabe mal, pero mi padre me ha dicho que...

—Te ha dicho que no, ¿verdad?

—Tú no te haces cargo, pero ya tienes una deuda bastante crecida.

Piaskowi extrajo con desenvoltura un billete de cincuenta dólares.

—¿Hay bastante para pagarlo? —preguntó.

Los dos jóvenes le miraron asombrados.

Sobre todo Jim.

Pero el recién llegado no tenía un aspecto sospechoso. Es decir, no parecía uno de esos tipos trastornados que se dedican a mostrarse amables con los jóvenes. Que los hay.

Por el contrario, daba la sensación de ser un científico que deseaba sinceramente ayudar a un colega.

—¿Por qué va a pagarlo usted? —musitó Jim.

—Yo también soy químico —dijo Piaskowi—, y también en mi juventud pasaba apuros para comprar el material de laboratorio. ¿Por qué no deja que le ayude? Es sólo un préstamo...

—Bueno... Si usted admite que yo le devuelva el dinero a principio de mes, cuando yo cobre...

—Claro que sí —dijo Piaskowi—. Prepare las balanzas y envíelas cuando pueda al domicilio del señor —añadió mirando a Stewart—. Y ahora, ¿me permite que le acompañe? Me gustaría ver su laboratorio.

—¡Ejem! Bueno, pues... No hay inconveniente.

Jim seguía teniendo aquella sensación extraña.

La sensación inconcebible de acompañar a un muerto.

Incluso tuvo un estremecimiento cuando la mano larga y huesuda del otro depositó los cincuenta dólares sobre el mostrador.

Salieron a la calle, que estaba tranquila y solitaria a pesar de ser Greenwich Village uno de los barrios más animados de Nueva York. Piaskowi, con las manos en los bolsillos, preguntó distraídamente:

—¿Hace usted muchos experimentos?

—Pocos —dijo Jim—. No soy más que un principiante...

—Todos lo hemos sido alguna vez.

—Usted tiene acento extranjero. No es de aquí, ¿verdad?

—Sí, soy extranjero. Soy de... Bueno, ¿qué más da? ¿Dónde vive? ¿Cerca de aquí? ¿Cómo tiene instalado su laboratorio?

Jim señaló la entrada de una modesta casa de planta baja como las que abundan en la zona. Parte de la casa estaba ocupada por un *parking*. La puerta que él señaló tenía un aspecto destartado y casi mísero.

—Quedará decepcionado —dijo—. Vivo solo en una habitación alquilada y mis cachivaches son muy modestos. Quizá se ría...

Abrió la puerta y pasaron al laboratorio. Todo estaba desordenado, porque la verdad era que Jim, a pesar de su afición, no dedicaba demasiado tiempo a aquello. Sin embargo, Piaskowi pareció conforme. Lo husmeó todo con mirada de entendido, se detuvo en el centro de la habitación, abrió los brazos y exclamó:

—Hum... Reconozco que le falta bastante material, amigo. Pero por algo se empieza. ¿Qué es lo que más ambiciona en este mundo?

—¿Yo? ¿Qué es lo que más ambiciono yo? Tiene gracia... Pues lo que ambicionaría cualquier hombre de mi edad. Salir de esta pobreza, viajar, ser rico, lucir... ¡A veces pienso que me distraigo con la Química para olvidar la vulgaridad de mi vida!

Piaskowi movió las manos como las alas de dos grandes pájaros, haciéndolas oscilar por el aire.

—Quizá no sea ése un ideal del todo elevado, sobre todo si tiene usted una mujer que le quiera —susurró—, pero no se lo reprocho. A propósito, ¿no quiere que le ordene todo esto? Lo primero que hay que conseguir es un laboratorio en el que el material esté bien dispuesto, y el suyo me parece algo descuidado... El orden con que tiene dispuestas las cosas también es muy poco científico.

—Pero... ¿usted entiende realmente de esto?

—Entiendo un poco... Ya le he dicho que soy un profesional. Creo que al menos en eso puede confiar en mí.

Jim se encogió de hombros.

—De acuerdo, puede ordenar lo que quiera. Más desordenado que está todo no lo va a dejar... Y ahora, si me permite, voy a comprar el periódico. Apostaba algo a las carreras de caballos de esta tarde. Quiero saber los resultados.

—¡Hum! ¿Es usted jugador?

—Tener amistad con un corredor de apuestas no significa necesariamente ser jugador. Pero, además, ¿no le he dicho que lo que quiero es salir de esta pobreza? ¿Qué de extraño tiene el que lo intente por todos los medios?

—Tiene razón, amigo; no se lo reprocho.

Jim salió.

El puesto de periódicos estaba algo alejado de la casa. Cinco minutos entre ir y volver. Jim llegó cuando el vendedor ya estaba cerrando su cuchitril.

Le tendió un ejemplar.

—Ah, hola... Creí que ya no vendría hoy.

—Me he entretenido.

—Ahí tiene los resultados de las carreras. Espero que haya tenido más suerte que las otras veces.

—Yo no creo en la suerte. No sé por qué demonios apuesto.

Abrió el periódico.

Y de pronto lo vio.

De pronto sus párpados sufrieron una sacudida.

Estaba allí, a gran tamaño. La cara de Piaskowi.

Sólo que antes tenía otro apellido. Los titulares, impresos a gran tamaño, decían:

«Famoso químico sueco desaparecido. —Alfred Mendes Piaskowi es uno de los mejores analistas del mundo y ha sido propuesto para el premio Nobel...».

Jim quedó anonadado.

Por un momento tuvo la sensación de no haber leído bien. Volvió a repasar los títulos. Miró la fotografía de nuevo.

Pero no cabía duda. Era el hombre que tenía en su casa. También el segundo apellido coincidía.

¡Mil diablos!

¡Era asombroso!

¡Uno de los mejores químicos del mundo estaba como quien dice barriendo su laboratorio!

Guardó el periódico y volvió a toda prisa hacia su apartamento.

Todo aquello tenía que ser una condenada broma. El profesor Piaskowi, por lo que fuera, se estaba burlando de él.

Abrió la puerta de repente.

Quizá Piaskowi ya se había ido.

Pero no, no se había ido. Estaba allí.

Estaba tendido en el suelo, con los pies hacia la puerta. Estaba muerto...

CAPÍTULO IV

UN CADÁVER CON ALAS

Jim vaciló un momento. No sabía qué hacer. Era una situación nueva para él, una situación en la que no creyó poder encontrarse nunca.

Al cabo de unos minutos que se le hicieron interminables, en los que no oyó más que el silbido angustioso de su propia respiración, se acercó poco a poco al caído.

No cabía duda de que estaba muerto.

Le habían estrangulado. Aún tenía en el cuello las señales del lazo de seda que habían anudado en él.

Conservaba el calor del cuerpo. No debía llevar ni cinco minutos muerto.

Jim vaciló de nuevo.

No sabía qué hacer, aunque le parecía elemental el llamar a la policía.

Sabía bien que en esos casos no conviene tocar el cadáver.

Pero su curiosidad pudo más. Pensó: «Quizá lleve en sus bolsillos algo que aclare todo esto...».

Los vació.

Notó enseguida que el cuerpo de Piaskowi había sido registrado antes, porque los bolsillos estaban en desorden. Pero el móvil del crimen no había sido el robo o el asesino no había encontrado lo que andaba buscando.

Jim estaba asombrado.

Seguía sin entender nada.

Pero ahora tenía en sus manos un par de cosas que le parecieron maravillosas desde su punto de vista. Había encontrado en el cadáver una bonita cantidad de dinero y encima algo que le hacía

sentirse como si estuviera viviendo un sueño: ¡un billete abierto extendido por la Pan-American, pero válido para cualquier línea aérea mundial! ¡Un billete que le permitía dar la vuelta al mundo!

No estaba extendido a nombre de nadie. El nombre aún podía ser escrito en el talonario.

Eso no era usual, pero tampoco infrecuente. Jim sabía que algunas grandes compañías adquirirían pasajes aéreos para sus altos empleados y hacían escribir en el último momento el nombre del que iba a efectuar el viaje, ya que podían ser varios los que se encontraran en esta circunstancia.

Las manos le temblaban.

Lo que tenía ahora en sus manos era algo que nunca creyó llegar a tener.

Era el sueño de toda su vida.

Dinero en abundancia... ¡y unos pasajes para viajar hasta París, la India, y luego hasta Hong-Kong,

San Francisco...! ¡Para viajar hasta donde le viniera en gana!

Pero al fin hizo un gesto de decisión.

No, él no podía aprovechar aquello.

Tampoco le convenía.

Podía verse envuelto en aquel condenado crimen hasta extremos que no sospechaba aún. Podían acusarle incluso de haberlo cometido él.

Puesto que no tenía teléfono en su apartamento —era un lujo que no podía permitirse— decidió ir a llamar a la policía desde la cabina pública más cercana.

Llegó a ella un par de minutos después. El paso del tiempo le producía una sensación agobiante, como si cada minuto contara. Marcó el número con tanto nerviosismo que se equivocó un par de veces.

—Sí... —dijo al fin, cuando pudo establecer la comunicación—. Es el famoso químico sueco del que hablan los periódicos... Está en mi casa... ¡Está muerto!

La voz impersonal, lejana, preguntó:

—¿Ha sido un accidente? ¿O trata de decirme que lo han asesinado?

—Lo han asesinado.

—Está bien... Regrese a su casa y espérenos allí. No toque nada. Llegaremos en un par de minutos.

Jim balbució:

—De acuerdo... Regresaré.

Pero no se atrevió a entrar. Aguardó junto a la puerta.

Quizá se estaba comportando como un chiquillo, quizá no sabía estar a la altura de las circunstancias. Pero no sabía obrar de otro modo.

La policía, en efecto, llegó dos minutos más tarde.

Los agentes que llenaban hasta los topes un coche patrullero saltaron hechos unos toros, como si fueran a cargarse al asesino del presidente Kennedy. Irrumpieron en la acera y casi acorralaron al asustado Jim.

—¿Es usted el que ha llamado?

—¿Dónde está el cadáver?

—¿Cuál es la casa?

Jim la señaló.

—Ahí la tienen... Vivo en este lugar desde hace unos tres meses. También tengo montado un pequeño laboratorio. Un laboratorio de aficionado, naturalmente.

—De acuerdo; abra.

Jim abrió.

Hizo un gesto, mostrando el cadáver.

Mejor dicho, mostrando el sitio donde antes el cadáver se encontraba.

Balbució:

—Pe... pe... pero...

¡Porque el cuerpo de Piaskowi ya no estaba allí!

¡Había volado!

El sargento que mandaba el grupo de agentes puso los brazos en jarras y le miró con desprecio.

—Conque estaba ahí, ¿eh? ¿Qué, amigo? ¿Dónde ha puesto el cadáver? ¿En la nevera?

—¡Se lo aseguro!... ¡Estaba ahí, estrangulado! ¡Si no fuera verdad no me hubiera atrevido a llamarles!

—No se hubiera atrevido, ¿eh? Le aseguro, amigo, que no es el primer tipejo que lo hace. Ni será el último.

—¡Les aseguro que es verdad! ¡He hablado con él! ¡Le he

visto...!

—Y nada menos que el profesor Piaskowi...

—¡Sí, era él! ¡Le he reconocido por el periódico!

El sargento seguía mirándole, pero ahora no con desprecio. Ahora le miraba casi con pena.

—¿Sabe cuántas llamadas recibimos cada vez que desaparece un personaje algo conocido? —murmuró.

—Pues no... Claro que no lo sé. Nunca he estado metido en esos líos.

—Se reciben entre cuarenta y cincuenta al día —le dijo el sargento—. La gente se pirra por encontrar a los desaparecidos cuya cara publican los periódicos. En el caso de Piaskowi, ésta es ya la cuarta llamada que recibimos.

Jim había palidecido mortalmente.

Se daba cuenta de que no le tomaban en serio. Y de que era muy posible que incluso le buscaran un lío por aquello.

El sargento masculló:

—Pero hasta ahora es el primer bromista que nos asegura haberle encontrado muerto.

—¡Les aseguro que no es una broma! ¡Le he visto! ¡Ha entrado conmigo aquí!

—¿Y dónde está?

—¡Eso es lo que no sé! ¡Ustedes deben averiguarlo!

—Claro, amigo, claro. Muy bien. Nosotros debemos averiguarlo. Y usted, mientras tanto, ¿qué hace?

—Les aseguro que...

—Mire, amigo, esta clase de bromitas suelen costar caras. No nos lo llevamos ahora para no extremar las cosas, pero preséntese dentro de treinta minutos en el Precinto Doce, que está cerca de aquí, y firmará su declaración a efectos de archivo. Veremos entonces qué decide el jefe.

Los hombres salieron.

Jim quedó solo.

Tenía la sensación de ir a volverse loco.

Revisó bien la habitación y no encontró nada. Ni una señal de violencia, ni una manchita de sangre. Tuvo que reconocer que, desde el punto de vista de la policía, todo aquello, efectivamente, tenía el aspecto de una broma pesada.

Pero ya no sabía qué más hacer.

Resolvió ir al Precinto Doce antes incluso de lo que le habían dicho. Quizá el jefe tuviera más ganas de creerle que sus subordinados.

Pero al jefe, un tipejo bilioso a punto de jubilarse, acababan de ponerle en aquel momento el informe encima de la mesa. Despidió a Jim con cajas destempladas y le dijo que la próxima vez le enviaría a la cárcel por una quincena.

—¡Firme aquí! ¡Y largo de mi despacho! ¡Fuera! ¡No quiero verle más! ¡Ya estoy harto de *hippies* en este condenado distrito!

Jim no se atrevió a contestar.

Pero precisamente él era todo lo contrario de un *hippy*.

Le gustaban los buenos trajes, los buenos coches, los buenos hoteles y todos los refinamientos de la civilización más avanzada.

Salió a la calle echando pestes contra la policía.

Y al llegar de nuevo a las cercanías de Mac Dougal Street se acordó de que no había hecho uso de dos argumentos incontrovertibles, dos argumentos que demostraban sin lugar a dudas que él había visto al profesor Piaskowi.

Primero, la tienda de Stewart. Allí le habían visto con él.

Segundo, el dinero y el pasaje aéreo abiertos (es decir, válido para cualquier línea), que aún llevaba en sus bolsillos, y de los que por unos momentos había llegado a olvidarse.

Jim estuvo tentado de volver sobre sus pasos y entrar de nuevo en el Precinto de Policía.

Pero se detuvo.

¡Qué cuerno!

¿Qué había hecho la policía para merecer su afecto? Amenazar con enchironarle. Eso era todo.

¿Y qué iba a ganar volviendo sobre sus pasos? Nada, absolutamente nada. Al contrario, verse envuelto en una investigación y en un lío judicial que no se sabía por dónde podía acabar.

En cambio, volviendo perdía mucho. Perdía una suma de dinero de la que nadie iba a pedirle cuentas, y que por su propio esfuerzo quizá nunca podría ganar. Perdía un pasaje aéreo que le permitía dar la vuelta al mundo como un auténtico millonario.

Ni por el dinero ni por el pasaje iban a pedirle cuentas.

Nadie sabía que estaban en su poder.

Oficialmente el caso estaba liquidado. Los que se habían llevado el cadáver de Piaskowi tendrían buen cuidado en que no les atrapasen. A él nadie iba a envolverle en nada.

De modo que chascó dos dedos.

Y pensó: «Al diablo...».

Claro que un buen ciudadano no hubiera pensado así. Pero Jim no tenía el menor interés en que le diesen la Medalla de la Virtud. Él prefería degustar una comida china en el barrio de pescadores de Hong-Kong.

Y luego dedicar un par de horas a una cortesana exótica. Y lo demás eran mandangas.

De todos modos tuvo un impulso.

Llamar a Marta.

Ella tenía que saber al menos lo ocurrido. De modo que marcó su número en la misma cabina telefónica desde la cual había llamado al Precinto de Policía.

El timbre sonó.

La voz de Marta llegó hasta él al cabo de unos segundos.

—¿Quién es? ¡Diga! ¡Diga!

Jim no contestó.

Por delante de sus ojos desfilaba algo así como una película maravillosa, película hecha de paisajes soñados, de mujeres exóticas, de placeres desconocidos, de libertad absoluta. Hecha de la vida que siempre soñó vivir.

—¡Diga! ¡Por favor, hable...!

La voz de Marta se había hecho ansiosa.

Jim no contestó.

Colgó lentamente.

¡Al diablo todo!

Acababa de tomar, ahora y para siempre, una decisión.

CAPÍTULO V

NO ESTIRES LA PATA, JOHNNY

Al llegar a este punto del relato, tuve la sensación de que mi amigo Johnny se cansaba. Me levanté y le di un sorbito de agua destilada, que era lo único que le permitían beber. Y a continuación hice gesto de irme, porque me daba cuenta de que él estaba pasando por un mal momento y yo no quería ser responsable de que su estado se agravase.

Pero Johnny me hizo una seña para que me volviera a sentar.

¿He dicho que era un toro?

Nunca he visto un tipo con tanta resistencia —y también con tanta paciencia— como él.

Me aseguró que se sentía fuerte.

—Siéntate, Parker. Creo que tienes derecho a saber el final de todo esto.

—Puedo saberlo en otro momento, Johnny.

—Es que yo también necesito tu ayuda, Parker.

—¿Para qué?

—Me gustaría saber qué infiernos significan ese vestido y ese ramo de novia.

—Pues si confías en que yo lo averigüe, vas listo, muchacho.

—De todos modos quiero conocer tu opinión. Es posible que, pensando los dos, lleguemos a algún sitio.

Yo no estaba tan seguro.

Pero me senté y me dispuse a escucharle de nuevo.

Johnny cerró un momento los ojos, quizá porque así se sentía más descansado, pero su voz sonó igualmente clara cuando siguió hablando.

—Cuando esas cosas sucedieron yo aún no las había vivido de

cerca —dijo—, pero supongo que te habrás ido haciendo cargo del carácter de Jim y de Marta.

—Me hago perfecto cargo. Marta era una muchacha dulce y sencilla, cuya máxima ambición consistía en formar un hogar honrado. En cambio, Jim era un fresco.

—Creo que en eso tienes razón.

—¿Se fue Jim de viaje?

—Sí.

—¿Y qué sucedió luego?

Johnny no pudo contestarme, porque en ese momento entró un médico. Hizo un gesto de reproche al ver que yo estaba aún allí. Sin pronunciar palabra, tomó el aparato para medir la presión y lo colocó en el brazo derecho de Johnny.

—Cierre el puño.

Johnny obedeció. El otro le tomó la tensión en silencio.

Al cabo de unos instantes dijo:

—Es sorprendente.

—¿Por qué?

—Ha subido. Tiene usted una fortaleza que no esperaba. Tendría que estar a una máxima de nueve, después de lo que ha pasado. Y está casi a once.

Yo sonreí porque comprendí que eso significaba que aún podía quedarme.

—¿No me echa, doctor? —pregunté.

—Le doy diez minutos más, pero tenga en cuenta que esos diez minutos son improrrogables. Y no excite para nada al herido. Tiene que conservar una perfecta calma.

—No se preocupe, la conservará.

Y cuando el otro cerraba la puerta, musité:

—Sobre todo no estires la pata, Johnny...

—Todavía no ha llegado mi hora, muchacho... Aún he de hablarte de lo que sucedió más tarde. Verás...

CAPÍTULO VI

SORPRESA PARA UNA MUJER

Después de la extraña desaparición de Jim, Marta hizo toda clase de averiguaciones para dar con su paradero. Ninguna de ellas dio resultado alguno, cosa perfectamente lógica. Hay que tener en cuenta que:

a) Jim se había marchado sin despedirse de nadie, y sólo el personal de control de la Pan-American sabía que había tomado un avión para Londres. Pero miles de personas hacen eso todos los días.

b) Marta no podía ni soñar que estuviese en el extranjero.

c) La policía tampoco sabía nada, y la verdad es que no se molestó en averiguarlo. Jim no estaba reclamado ni se le complicaba para nada en la desaparición del profesor Piaskowi.

d) Sus declaraciones en el sentido de que vio al científico polaco, y de que éste murió en su laboratorio, habían sido archivadas y, lo que es peor, olvidadas.

Por lo tanto, Marta se encontró ante el vacío.

No había sucedido nada extraño.

A nadie, excepto a ella, le preocupaba la desaparición de Jim.

Nadie se molestó en dar ni un telefonazo para encontrarlo.

Nada.

Ínútil es decir que esto obligó a Marta a reflexionar sobre algunos puntos de su vida. Eso hizo que la muchacha se diese cuenta de que había estado equivocada más de una vez.

«Es incomprendible lo de Jim... ¿Por qué me habrá dejado? ¿Tan insignificante era nuestro amor...?».

Esta pregunta se la repetía una y cien veces Marta mientras deambulaba por las calles solitarias.

«Ahora me doy cuenta de que él no me amaba, y en cuanto a mí, debo preguntarme con sinceridad si yo le amaba realmente. No lo sé, soy incapaz de decirlo. Me había acostumbrado a él, y quizá sea eso todo, sencillamente. Pero ¿es eso el amor...?».

Fue entonces cuando empezaron a ocurrir algunas cosas que al parecer no tenían sentido.

Cosas que Marta no comprendió.

A las que no dio ninguna importancia.

Pero que hubieran helado la sangre a Jim, caso de poder verlas.

La primera cosa sin sentido fue la llegada de aquella americana. Sí, una americana sin dueño que se presentó en su casa, por decirlo así, de la forma más insospechada. Marta vivía con sus padres en una pequeña casa del Bronx, cerca del Yankee Stadium. Como en la zona no había tintorerías, cada vez que tenían que enviar alguna prenda a limpiar avisaban por teléfono. Una furgoneta pasaba a recogerla y la misma furgoneta la traía un par de días después.

Era la cosa más normal del mundo.

Una rutina.

Pero aquella tarde, cuando Marta regresó a casa después del trabajo, encontró a su madre preocupada, mirando y remirando una americana que no conocía.

—¿Qué es eso?

—Pues no lo sé —dijo su madre.

—¿Cómo tienes esa chaqueta aquí?

—La ha traído la furgoneta de la tintorería.

—Pues no es nuestra...

—Eso pensaba yo, pero quería estar segura. Podías haberla dado tú.

—¿Y por qué había de darla yo si no la he visto en mi vida? Papá no tiene ninguna americana como ésta. Ni siquiera una parecida.

—Podía ser de algún vecino que te hubiera pedido por favor que te encargaras de darla a la furgoneta.

—No, nadie me lo pidió.

—Pues no lo entiendo.

Marta miró la americana.

Era de cuadros, de corte un poco anticuado, quizá ligeramente pasada de moda.

Jim la hubiera reconocido enseguida, pero a ella no le dijo absolutamente nada.

Lo más extraño era que en la etiqueta figuraba con perfecta claridad su dirección y el nombre de su padre.

—Una equivocación —dijo—. Llamas a la tintorería mañana por la mañana y que pase la furgoneta otra vez. Devuélvela.

Y un día después, la muchacha ya se había olvidado del asunto.

Volvió a ver aquella americana una semana más tarde, pero en el primer momento no le llamó la atención. Esta vez, además, la americana parecía distinta por una sencilla razón: la llevaba puesta un hombre.

Era un hombre de unos sesenta años, pero todavía vigoroso, que tenía un cierto aire *démodé*, un aire de otra época. Cualquiera hubiese dicho que era un sabio algo distraído. Cuando Marta entró en la tienda donde pensaba comprar un regalo para su padre, él ya estaba allí. Marta ni siquiera le dirigió una mirada.

Era un cliente como otro cualquiera.

Tenía al hablar un claro acento extranjero.

Y la miraba a hurtadillas.

Pero ella ni lo notó.

Quería comprar un encendedor para su padre, que cumplía años, y la dependienta le puso sobre el mostrador una serie de varias marcas. La verdad era que Marta no sabía cuál escoger. No entendía nada de aquello.

—¿Cuál me aconseja?

—Éste es de una excelente marca europea. Le dará buen resultado.

El hombre con acento extranjero se volvió hacia Marta y dijo con una sonrisa:

—Perdone que intervenga, pero yo soy europeo precisamente. Tiene razón la dependienta; la marca que ella le recomienda es de una gran calidad.

—Entonces me lo quedará.

Y Marta se volvió hacia el desconocido para decir con su sonrisa

más amable:

—Gracias.

Pero él quizá no debió ya oírla.

Había hecho su compra y estaba ya en la puerta.

Fue entonces cuando Marta se fijó en su americana.

Su boca se abrió con asombro.

Pero si era... era...

—¡Oiga! —llamó—. ¡Oiga...!

El otro ya no la oyó.

Acababa de cerrar la puerta.

Se perdía entre el tráfico de vehículos y transeúntes de la Avenida Cuatro.

La próxima vez que la muchacha le vio fue solo un día más tarde. Marta tenía un pequeño «Pontiac» azul de segunda mano, que empleaba sólo por la ciudad. Al salir de su trabajo y dirigirse hacia el puente de Triboro, notó por el espejo retrovisor que un «Corvette» la seguía.

Eso no tenía nada de extraño.

Los coches, a aquella hora, iban pegados unos a otros...

Pero el «Corvette» era justamente el coche que Marta hubiera ambicionado tener. Un pequeño dos plazas brillante, deportivo, audaz. Un coche, sin embargo, que su menguado bolsillo no le permitiría tener nunca.

Por eso lo miró por el retrovisor.

Con simple envidia.

Pero de pronto sus manos se agarrotaron sobre el volante. De pronto sintió algo que no había sentido jamás.

Miedo.

Un miedo fino como un puñal e inexplicable como una pesadilla, que le llegaba hasta la medula de los huesos.

El hombre que estaba al volante de aquel coche era el mismo de la tienda del día anterior. El mismo que llevaba la americana que ella conocía ya muy bien.

La muchacha intentó frenar para que el otro le pasase y se situase a su nivel en la próxima luz roja. De esa manera podría verlo mejor.

Pero el «Corvette» se desvió hacia la izquierda. Ya no lo vio más. Se esfumó tan rápida y misteriosamente como había venido.

La tercera vez que Marta vio al hombre de la chaqueta a cuadros, fue distinta de las dos anteriores. Fue tan extraña, tan alucinante, tan abominable, que la muchacha supo que no la olvidaría jamás.

Y sin embargo, comenzó de la forma más sencilla.

Como empiezan todas las cosas horribles.

Marta estaba aquella mañana sola en su casa porque era domingo. Sus padres habían ido a dar un paseo. Todas las fiestas a aquella hora hacían lo mismo. La muchacha cuidaba de una serie de detalles de la casa que no había tenido tiempo de cuidar durante toda la semana.

De pronto llamaron a la puerta.

La muchacha abrió.

Lo hizo con un sobresalto. No sabía por qué, pero tenía la absurda sensación de que iba a encontrarse con el hombre de la americana pasada de moda.

No era él.

Claro que no. ¿Por qué iba a ser él?

¡Qué pensamiento tan absurdo!

El que estaba en el umbral era un hombre de unos cuarenta años, alto y elegante, vestido de negro. Tenía una sonrisa untuosa y pertinaz. Era uno de esos tíos que sonreían aunque les abran la cabeza en cuatro pedazos.

—Perdón, señorita... Un amigo de usted me ha dado su nombre y dirección.

Todos los vendedores de cosas a plazos empezaban así.

Marta sonrió.

—Agradezco mucho la atención a ese amigo, pero ahora no necesito nada.

—Perdón, pero yo no soy un vendedor; usted me confunde.

—Entonces, discúlpeme. ¿Qué desea?

—Usted, sin duda, señorita, habrá pensado alguna vez en la muerte. O en la muerte de sus seres más queridos.

¿Por qué Marta sintió que sus labios temblaban otra vez? ¿Por qué reconoció íntimamente que sí, que llevaba noches enteras pensando en eso?

El hombre vestido de negro aprovechó su momentánea desorientación para colarse en la casa.

Era de esos tipos que se las saben todas. De esos que no te dejan escapar hasta que te sueltan el rollo.

—Usted puede asegurarse contra accidentes —dijo—, pero el accidente puede no llegar, con lo cual resulta que ha perdido el dinero. Usted puede asegurarse contra enfermedades, pero puede que no se ponga enferma hasta el último día de su vida, con lo cual pierde el dinero también. Puede asegurar su casa contra incendios y lo más normal es que el incendio no se produzca jamás. Pero en cambio, hay algo que fatalmente llegará: ¡la muerte! ¡Algo seguro, implacable! ¡Algo que no le hará perder el dinero jamás!

Marta balbució, con una pizca de ironía en su voz:

—¿Es que usted asegura contra la muerte?

—Soy agente de seguros, señorita, pero no contra la muerte, claro, porque ya le he dicho que la muerte llega —el hombre parecía un poco sorprendido—. Je, je... ¡Asegurar contra la muerte! ¡Qué más quisiera! Pero, en cambio, puedo asegurarla contra el peligro de que usted o sus seres queridos no tengan dinero en el momento de morir, Es decir, que puedan no ser enterrados dignamente. ¡No corra usted ese riesgo! ¡Por una módica suma mensual, la compañía que represento le garantiza a usted un entierro digno de una princesa! ¡Un entierro que despertará la general admiración! ¡Un entierro que pondrá amarillos de envidia a sus amigos, vecinos y parientes!

—¿Usted cree de verdad que se pondrán amarillos de envidia?
—balbució Marta.

—¡Seguro! ¡Vea nuestro catálogo de ataúdes! ¡Vea, vea! ¡Maravilloso! ¡Sensacional! ¡Qué ataúdes! ¡Sólo les falta tener antena para la televisión!

Marta había querido tomarse a broma aquello, pero empezaba a sentir un profundo malestar.

El incansable individuo había abierto un catálogo y se lo ponía ante los ojos.

Ataúdes y más ataúdes... Ataúdes casi cuadrados, otros oblongos, otros de extraña forma semicircular... Ataúdes de roble, de nogal, de sándalo. Ataúdes marrones, otros con los colores del arco iris, otros que imitaban el sarcófago de una momia...

La muchacha se sentía mareada.

Se le nublaba la vista.

Todo aquello podía ser muy necesario y hasta muy piadoso, pero le producía como una náusea.

El hombre seguía hablando, hablando...

Ella apenas oía ya su voz.

Sólo veía las largas procesiones de ataúdes desfilando ante sus ojos como una alucinante pesadilla.

Por fin, el agente, susurró:

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal, señorita?

—La verdad es que no me siento muy bien.

—¿Lo ve? ¡Razón de más! ¡Hasta las personas sanas, jóvenes y fuertes como usted pueden necesitar los servicios de mi compañía en cualquier momento! ¡Entiéndalo! ¡Los últimos servicios de mi compañía! ¡Hágase un seguro inmediatamente! ¡Protéjase! ¡Viva tranquila y feliz! ¡Muérase a gusto! ¡Deslumbre a sus amistades! ¡Todo por una módica cuota mensual! ¡Sin entrada, sin fiador! ¡Usted cuenta con nuestra garantía desde el mismo momento de la firma! ¡Sin letras, sin banco! ¡Facilidades de pago!

Marta se llevó una mano a los ojos.

Ya no podía más.

Estaba a punto de caer redonda al suelo.

—Por favor, váyase —suplicó con la poca voz que le quedaba—. Váyase...

Pero el individuo no se fue aún.

Seguro de que tenía a su presa bien sujeta, murmuró:

—Me iré enseguida, pero permita que le enseñe el ataúd máxima creación de nuestra firma, y que usted puede disfrutar por un módico sobreprecio sobre las cuotas. Es el ataúd «Estirpe Real». Véalo incluso con cadáver dentro. Así podrá darse cuenta del maravilloso y estimulante efecto que produce.

Y levantó la última hoja del álbum ante los ojos de la atónita muchacha.

En efecto, el ataúd era regio.

Pero ella no se fijó en eso.

Lo mismo le importaba.

Ni que hubiera sido un ataúd de papel.

Pero en cambio quedó sin respiración al ver el cadáver que había dentro. Se trataba de un cadáver rígido, impresionante, aunque no causaba ningún malestar verlo porque se trataba de un

hombre que no tenía un aspecto desagradable. Era... era un hombre al que Marta había aprendido a conocer bien. ¡Era el hombre al que vio en la tienda y en el «Corvette»! ¡Era el hombre de la americana pasada de moda!

Las rodillas de la muchacha se doblaron.

Estuvo a punto de caer.

El agente hizo gesto de sostenerla, mientras la miraba con expresión alelada.

—Pero ¿qué le pasa...? —balbució.

—¿De dónde ha sacado... a ese hombre?

—No le sepa mal. Mostramos el ataúd con cadáver, en una fotografía artística, para que el cliente vea bien el efecto que produce.

—Pero... ¿de dónde han sacado éste?

—Se trata de uno de nuestros agentes que murió hace dos semanas. Lo retratamos porque... porque... Pero ¿qué le pasa?

Marta no lo sabía bien.

Lo único que sabía era... ¡que había visto vivo a aquel hombre muy poco antes!

No pudo decir nada más.

Sus rodillas se doblaron definitivamente y cayó desmayada.

CAPÍTULO VII

UNA NOTICIA CON GANCHO

Hasta tres días más tarde la muchacha no salió de su extraña y profunda postración. El mismo hombre que se había presentado allí con un catálogo de ataúdes llamó por teléfono a una ambulancia al verla desmayada a sus pies. Podía ser un pelma, pero al mismo tiempo demostró que era también un hombre eficiente y responsable. Cuando la ambulancia llegó, él acompañó a Marta hasta el hospital. Y luego cuidó de dar aviso, cuando llegaron, a los padres de la muchacha.

Cumplido este deber, el individuo se esfumó.

Con su catálogo de ataúdes.

Con su misterio.

Normalmente Marta no hubiera permanecido más de cinco minutos en el hospital. Era una chica sana, animosa y fuerte. Pero ahora una especie de veneno había penetrado en su sangre, llegando hasta lo más recóndito de sus venas.

Estaba sumida en un profundo *shock*.

Le faltaba lo más elemental para que una persona se recupere.

Le faltaban ganas de vivir...

Cuando volvió a su casa, dos días después, y sin haber podido dar a sus padres una explicación satisfactoria, había perdido varios kilos y parecía una enferma.

En esas condiciones recibió la extraña noticia. Una noticia aparentemente absurda y que ni por todos los dioses del olimpo griego hubiera podido llegar a creer.

Sin embargo, era cierta.

Estaba allí, en letras de molde.

La publicaba el prestigioso *New York Herald*.

¡Y además ostentaba el retrato de Jim!

Aquella noticia, que venía a dos columnas, decía sencillamente:

«Joven químico norteamericano triunfa en el extranjero.

»Sus descubrimientos sobre la reestructuración del átomo empiezan a llamar la atención del mundo científico internacional. Jim Burkley, un jovencísimo licenciado de Nueva York, realizó durante años, en unas condiciones penosísimas y con un material inadecuado, una serie de experiencias que le han llevado a formular una originalísima teoría sobre la reestructuración interna del átomo.

»Jim Burkley se encuentra actualmente en París, donde ha expuesto sus tesis en una reunión de la Sorbona que por ahora no tiene validez oficial. Esperamos poder ofrecer pronto a nuestros lectores una crónica especial sobre esta teoría del joven profesor, que puede revolucionar el mundo de la Química».

Marta estaba asombrada.

No entendía nada de todo aquello.

Sabía, eso sí, que Jim se había pasado horas y horas en su modesto laboratorio, pero siempre tuvo la impresión de que no investigaba nada importante. Sólo cosas que podían tener un cierto valor industrial (por ejemplo, detergentes) y podían ayudarle a ganar algún dinero.

De eso a exponer una teoría que revolucionara la química internacional...

Marta estaba más asombrada cada vez.

Pero de hecho no hubiese tenido por qué estarlo. Demasiado hubiera debido saber que los grandes descubrimientos suelen surgir por casualidad, cuando uno está investigando otra cosa. Y Jim Burkley no era tonto, ni mucho menos. Jim Burkley estaba dotado, además, de un agudísimo poder de observación.

Aquello lo transformaba todo.

Aquello le hacía comprender que la desaparición de Jim tenía un sentido, y que el joven estaba investigando algo que cambiaría la vida de los dos.

El corazón de Marta latía aceleradamente.

Había llegado a olvidarse ya del fantasmal individuo de la americana pasada de moda.

Había llegado a olvidarse de todo lo que no fuera Jim.

Por si fuera poco, aquella noche el canal seis de la televisión neoyorquina transmitió también la noticia. El locutor leyó una breve nota, pero para la muchacha ya era bastante.

«... Y nuestro joven compatriota Jim Burkley está llamando poderosamente la atención en el campo de la química nuclear. La exposición de sus teorías en la Sorbona de París, una de las más famosas Universidades del mundo, están levantando ya apasionadas polémicas. Por el momento, sin embargo, se guarda un discreto silencio en los más altos organismos científicos».

Marta cerró el televisor cuando aparecieron en la pantalla las imágenes de una carrera de galgos.

Le parecía vivir una especie de sueño.

Estaba segura de que Jim, ahora que todo empezaba a estar un poco más claro, se pondría en contacto con ella. Que incluso la llamaría a su lado.

Y en efecto, un par de días después, Marta recibió una carta.

Su carta.

Estaba fechada en París y escrita en el papel sellado de uno de los mejores hoteles de la capital, el hotel Lutecia. El texto manuscrito en la letra que ella conocía bien, decía:

«Nunca olvidada Marta: Circunstancias muy especiales, de las que quiero hablarte personalmente, me han impedido ponerme en contacto contigo, pero ahora estoy en París, donde te aguardo ansiosamente. No creo de ningún modo que tus padres se opongan, pues vivirás en una Embajada tan seria como la Embajada de Alemania Occidental. Te adjunto una tarjeta de la misma con la dirección exacta, por si deseas hacer (mejor dicho, por si desean hacer tus padres) cualquier comprobación. También te adjunto una carta de presentación

para la Compañía TWA. Tendrán listo un pasaje para el día que tú decidas. Lo único que tienes que hacer es confirmarlo.

»Por favor, no faltes. Te espero en París con el ansia más sincera de mi vida. No me defraudes.

»Tuyo,

»Jim».

Marta nunca había recibido una carta igual.

Una carta para ir a reunirse con el hombre al que amaba.

¡Y nada menos que en París!

Sus padres, que siempre habían mirado a Jim como un buen muchacho pero sin porvenir, quedaron deslumbrados. En especial cuando la Embajada alemana confirmó que, en efecto, consideraban a Marta como su invitada especial. Y cuando en las oficinas de la TWA aseguraron que estaba listo el pasaje a París, y no en clase económica, sino en la llamada «presidente», es decir, la más lujosa de que disponía la compañía.

—El pago ya está hecho, señorita —le informaron—. Depositó los fondos el señor Jim Burkley. Nos recomendó, sobre todo, que no le causáramos ninguna molestia. Oh, por supuesto, el señor Burkley ha de ser una persona de posición... Los pasajes para la clase «presidente» no los compran los que piden limosna...

Si Marta estaba sorprendida, sus padres se sentían verdaderamente deslumbrados.

Nunca hubieran esperado del modesto Jim un triunfo tan resonante.

Por supuesto, y dado que el viaje de Marta ofrecía sólidas garantías morales y materiales, no se opusieron a que ésta emprendiera el vuelo hacia París.

A ella le parecía algo maravilloso.

Algo que no creyó que sucediera nunca.

A pesar de que en la época en que vivimos los viajes son muy fáciles, sobre todo para el que paga en dólares, muchas chicas modestas de los Estados Unidos hubieran dado algo muy suyo por un viaje a París y en primera clase.

Hay bastantes que lo dan por un viaje en coche usado hasta Kansas City...

CAPÍTULO VIII

DEUTSCHLAND, DEUTSCHLAND ÜBER ALLES

Para Marta, París era, como para la mayoría de las muchachas americanas de su edad, la maravillosa puerta de Europa. Era como un confuso sueño en el que se mezclaban desde Juana de Arco hasta los funerales del general De Gaulle, pasando por la leyenda de Nôtre Dame, los revolucionarios de 1793, 1830, 1848 y 1870, los soldados de la Grande Armée, la tumba de Napoleón, las maravillas del Louvre y los cafés de los Campos Elíseos, donde se dice que se exhiben las mejores piernas de Europa.

París, para Marta, lo tenía todo.

Por eso, miró como fascinada la Torre Eiffel, mientras el gigantesco «Jumbo» trazaba un amplio círculo «turístico» sobre ella, para que los viajeros viesen la maravilla que tenían bajo sus pies.

La muchacha estaba fascinada.

Pero sus sorpresas, sus sueños no habían hecho más que empezar. Porque aún le quedaba lo que iba a ocurrir en cuanto tocase tierra.

Cuando descendió por la escalera, el corazón le latía tan apretadamente que le hacía daño en el pecho.

Pensaba que allí estaría esperándola Jim.

Que se encontraría de nuevo con sus ojos, aquellos ojos que vio por última vez en la triste tarde de domingo en que se despidieron, cuando pisaban las hojas muertas de Central Park.

Pero Jim no estaba allí. El hombre que esperaba a Marta era un desconocido, un desconocido muy elegante, con solemnes gafas negras, que estaba medio oculto tras un delicioso ramo de orquídeas.

—Señorita Marta...

Ella logró sonreír, pero sin que aquella sonrisa lograra borrar del todo su expresión de desencanto.

—Le agradezco mucho su obsequio. Pero ¿quién es usted? ¿Por qué no ha venido a recibirme Jim?

—Su prometido, el señor Jim Burkley —dijo el hombre en perfecto inglés, pero sin tapar su fuerte acento germánico—, está ocupadísimo y le ruega que le disculpe. En estos momentos es un personaje de la mayor importancia. Me ha pedido que viniera a recibirle en su nombre y la atendiera hasta que se encuentren de nuevo los dos. Le garantizo que ya falta muy poco.

—Gracias; de verdad muchas gracias.

La muchacha volvía a sentirse empujada. Casi no podía dar crédito a sus ojos cuando su pasaporte fue visado en un despacho especial y cuando su equipaje no fue revisado en absoluto, pasando por la Aduana limpiamente, como si se tratara de un equipaje con inmunidad diplomática.

El «Mercedes Benz» que aguardaba en la puerta de Orly también era el más maravilloso que Marta recordaba haber visto jamás.

Era el famoso «Mercedes 600», grande como un portaaviones, y que sólo usan los ministros y jefes de Estado.

Un chófer uniformado le abrió la puerta.

—Acomódese, señorita.

El hombre de las gafas negras se situó a su lado.

—¿Está bien así? ¿Quiere tomar un combinado? No, no es ninguna molestia. En el coche hay mueble-bar. Tenemos unas especialidades alemanas realmente notables.

Marta cerró un momento los ojos, mientras se dejaba mecer por la suave suspensión del coche.

En América, país de los coches sensacionales, no había, sin embargo, ninguno como aquél, que tuviera un aire tan señorial.

Pero ¿era posible que Jim, en tan poco tiempo, hubiera conseguido todo aquello? Claro que el «Mercedes» no era suyo. Pero ¿no resultaba maravilloso el que lo tuviera a su servicio o a su disposición? ¿Y aquel chófer uniformado? ¿Y aquel diplomático de las gafas negras que incluso le había hecho sellar su pasaporte en un lugar distinto del de los otros pasajeros?

¿Tanto valía Jim?

Marta no había conocido realmente a nadie que consiguiera un

triunfo tan rápido.

Cuando abrió los ojos, estaban pasando ante el monumento al general Leclerc, el liberador de París en 1944. Luego, desde la autopista, distinguieron a la derecha otra vez la Torre Eiffel, pero ahora a su mismo nivel, como algo que podía tocarse.

Marta susurró:

—Por favor, ¿quién paga todo esto?

—La Embajada de Alemania Federal. El «Mercedes» pertenece al Gobierno de Bonn, a cuyo servicio estamos el chófer y yo. Es usted invitada especial de nuestro embajador.

—Pero ¿y el billete de venida hasta aquí?

El hombre de las gafas negras la miró con cierta sorpresa, como si se admirase de que la muchacha se preocupara por tales bagatelas.

—Ah, sí, el billete... Eso tiene muy poca importancia, porque los diplomáticos viajamos continuamente. Pero, ya que lo pregunta, le diré que lo ha pagado su prometido, el señor Jim Burkley. En estos momentos eso no significa ningún sacrificio para él. Jim Burkley es un hombre importantísimo.

Marta iba de asombro en asombro.

Se sentía maravillada.

Cuando llegó a la Embajada alemana, le destinaron la mejor habitación, una *suite* donde sólo se hospedaban invitados de altura. El hombre de las gafas negras, que se había presentado ya como *herr Möller*, le indicó que iba a celebrarse un baile de gala a las ocho, con buffet frío, y le rogó que asistiera a él con vestido de noche.

—Celebramos el cumpleaños del embajador —indicó—. Es una fiesta en la que se reúne el cuerpo diplomático acreditado en París, además de lo mejor de la colonia alemana. Por supuesto, estará también el señor Jim Burkley. Entonces podrá verle.

—Pero ¿por qué no ahora?

—Ya le he dicho que el señor Burkley es un hombre muy importante en estos momentos. Sus obligaciones le retendrán fuera de París hasta la noche. Pero estoy autorizado para decirle que a partir de ese momento no se separarán ya más.

Y *herr Möller* cerró ceremoniosamente la puerta.

Marta se sentía aturdida.

Nunca había vivido así, en un lugar tan elegante, tan perfecto. En un sitio que reunía la solidez germánica y la gracia de París.

Pensó: «Menos mal que se me ha ocurrido traer un vestido de noche...».

Empezaba a abrir las maletas cuando en aquel momento alguien golpeó delicadamente con los nudillos en la puerta.

Marta fue a abrir. Creyó que era una doncella que venía a ayudarla.

Y se encontró con un hombre elegante, impecable, todavía joven, de anchos y fuertes hombros, que hacía ante ella una cortés inclinación de cabeza.

—Buenos días, señorita —dijo en perfecto inglés—. Bienvenida.

Ella sonrió.

Pero le impresionaba ver a aquel hombre tan serio, tan recio, tan cuadrado.

—Soy el embajador alemán. Perdone que no haya acudido personalmente a recibirla, pero mis obligaciones me lo impedían. He querido ponerme a sus órdenes cuanto antes y preguntarle si está usted bien instalada. ¿Hay algún detalle que no le guste? ¿Cualquier cosa que desee y en la que podamos complacerla?

Marta hizo su sonrisa más confiada y más ancha.

—Por favor —dijo modestamente—, nunca he vivido en un sitio mejor. Y ni siquiera soñé en llegar a conocerlo.

—¿Le gustan las flores?

—Oh, mucho...

Toda la habitación estaba llena de ellas. Y además flores caras, flores que Marta nunca creyó poder llegar a poseer.

—Si quiere música, poseemos una instalación completísima de alta fidelidad. En este canal, por ejemplo, tenemos exclusivamente música alemana. Oiga nuestro himno.

En efecto, al oprimir un botón sonaban, muy suaves y lejanas, las notas del *Deutschland, Deutschland übei alles*, las notas de un himno que un día se oyó con terror de un lado a otro de Europa y que ahora seguía teniendo valor oficial, pero era poco más que un recuerdo.

—En todas las habitaciones se debe poder oír el himno nacional alemán —dijo el hombre mientras pulsaba el botón de nuevo—, pero puede que usted desee cosas más ligeras, más... sugestivas.

Para ello tiene otra serie de canales. Por ejemplo...

Pulsó un nuevo botón y saltó al aire una suave y ya casi olvidada melodía de Sacha Distel.

—Espero que me hará el honor de acompañarnos esta noche a la fiesta de mi cumpleaños, señorita. Lamento mucho que mi esposa no pueda asistir, ya que de lo contrario hubiera venido a saludarla. Pero se encuentra levemente indispuesta.

Hizo una nueva inclinación de cabeza, tan rígida como la de un militar que saluda a la bandera, y se dispuso a salir.

Marta susurró:

—Señor embajador...

—Dígame, señorita.

—Quizá considere ésta una pregunta tonta. Pero ¿cuándo conoció usted a Jim Burkley?

—Tuve el gusto de conocerlo cuando él llegó a París. El señor Burkley es un hombre de gran valía, créame. Para la Embajada alemana es un auténtico honor el poder serle útil.

Volvió a inclinar la cabeza y cerró la puerta.

Marta terminó de sacar de la maleta el único vestido de noche que había traído, un sencillo modelo de una pieza, color gris plata vieja, que se ceñía maravillosamente a sus esculturales formas.

Pensó: «Baile en la Embajada...». Esto parece el título de una película...

Una película de amor, seguramente.

Pero no.

Era una película de otra clase.

Una película de horror.

Pronto tendría ocasión de comprenderlo.

CAPÍTULO IX

UN VIAJE CON LA MUERTE

A veces las cosas más sencillas y más inesperadas deciden el curso del destino. En el caso de Marta fue simplemente una cremallera que se desenganchó. Una cremallera sin la cual no se podía ajustar de ningún modo su vestido de noche.

Era una tontería.

Pero era también un problema.

Marta miró en su equipaje. No llevaba nada que le sirviera para coser. Claro, ¿cómo iba a imaginarlo?

Miró en torno suyo, desorientada.

Necesitaba ayuda, pero no sabía cómo encontrarla. Ignoraba por completo el modo de conducirse en una Embajada. Lo que en otro sitio le hubiera parecido una cuestión sin importancia, aquí se le hacía una montaña.

¡Si pudiera llamar a una doncella!

Pero ¿cómo...?

Descolgó un teléfono y le contestó una voz en alemán. Marta, que podía haber preguntado si hablaban francés o inglés, se sintió confundida. Balbuciendo una excusa, colgó de nuevo maquinalmente.

Y de pronto recordó que, al venir hacia allí, había visto a una doncella que parecía tener un puesto permanente en un ángulo del pasillo. Si la encontraba, todo sería sencillo. Le enseñaría la cremallera y se entenderían aunque fuera sin palabras.

Marta salió.

Aquella estúpida contrariedad la hacía sentirse agobiantemente sola.

Pero la doncella no estaba en su sitio. Al final del largo y

penumbroso pasillo no había nadie.

Marta miró a un lado y a otro.

Silencio.

Soledad.

Quizá detrás de las puertas que tenía a derecha e izquierda hubiera gente, pero Marta no se atrevía a llamar a ninguna de ellas.

Al fin creyó encontrar la solución.

Había un ascensor al fondo del pasillo.

Lo tomaría y descendería a la planta baja. Seguro que allí tenía que haber alguien.

La muchacha llegó ante la puerta del ascensor y pulsó el timbre de llamada.

Pero no era un ascensor, sino un montacargas.

Sin darse cuenta, y puesto que no conocía la Empajada, se había dirigido hacia la zona de servicio.

De todos modos, mejor.

Así encontraría a alguien que pudiera ayudarla.

Abrió las puertas del montacargas, que estaba completamente oscuro. Se introdujo en él, cerró y se volvió cara pulsar el botón de bajada.

Pero había alguien más allí.

Las manos de Marta lo rozaron al volverse.

Una figura que estaba en pie.

Una figura quieta, yerta.

Helada...

Rígida como la muerte...

La muchacha palpó maquinalmente las paredes, mientras sentía que el horror tapaba su garganta y le llegaba a los ojos.

Encontró el conmutador de la luz y lo movió. Una claridad lechosa llenó la cabina.

Vio a aquella mujer alta, apoyada como un tronco en el ángulo del ascensor, amoratada, con la lengua fuera, los ojos desencajados, ceñido aún al cuello el cordón de seda con el que acababan de estrangularla...

Con el vestido en la mano, sujetándolo por la cremallera, se sentía ridícula.

Y al mismo tiempo sentía un extraño, un absurdo pero obsesionante temor, porque la luz del día iba disminuyendo y en el

pasillo aún no se habían encendido las lámparas.

Todo estaba sumido en penumbra.

CAPÍTULO X

¿PERO QUÉ CLASE DE SUEÑO ES ESTE?

Marta gritó con todas sus fuerzas, gritó hasta desgañitarse, mientras sentía el frío de la muerte en sus huesos. Sus ojos se desencajaron también, saltó hacia la puerta y trató de escapar, pero lo único que consiguió fue chocar con los cristales y estar a punto de romperlos. Entonces sus fuerzas fallaron. Entonces sintió como si el mundo entero diera vueltas en torno suyo.

Resbaló poco a poco junto a las puertas.

Y quedó quieta en el suelo del montacargas, doblada sobre sí misma como si ella también hubiese muerto.

Cuando abrió los ojos de nuevo, le pareció que había transcurrido una eternidad.

Pero no. Sólo debían haber transcurrido unos pocos minutos.

Aún tenía el rostro lleno de un sudor frío y aún sentía el mismo regusto amargo en la boca.

Notó que se encontraba en una especie de sótano.

Las puertas del montacargas estaban abiertas.

Y ella se encontraba en el suelo, muy cerca de la cabina, con un hombre inclinado sobre ella. El hombre llevaba un pantalón negro y un chaleco rayado al estilo de los mayordomos de otra época. Era uno de esos criados de lujo que hoy día sólo se encuentran en las Embajadas o en los viejos palacios donde aún se conservan las antiguas tradiciones... y hay suficiente dinero para pagarlas.

El hombre parecía muy asustado.

Bisbiseó:

—¿Qué pasa? ¿Se encuentra bien?

La mirada de la muchacha fue inmediatamente hacia la cabina del montacargas. Pero allí no había nada. Estaba vacía.

El hombre bisbiseó:

—¿Qué busca?

—Ahí había una... ¡mujer muerta!

—Por favor... pero ¿qué dice?

—¡Una mujer muerta! ¡La habían estrangulado con un lazo de seda!

—Señorita, eso no tiene sentido. Yo acabo de abrir el montacargas al oír un grito. ¡Y estaba usted sola!

Marta cabeceó.

—Pero ¿qué piensa? —preguntó con angustia—. ¿Cree que soy una visionaria? ¿O que estoy loca?

—Yo sólo sé lo que he visto. Se ha oído un grito, el montacargas descendía y al llegar aquí lo he abierto. Usted estaba sin sentido en el suelo. ¿Qué más quiere que le diga? Dentro no había nada.

Marta empezó a incorporarse un poco, logrando quedar sentada en el suelo.

La cabeza le daba vueltas.

—¿Está seguro de que no había nada?

—Y tan seguro... Gretchen, ¿tú has visto algo?

Una mujer emergió entonces de entre las sombras. Era alta, huesuda, de facciones afiladas.

Vestía de negro.

—Claro que no he visto absolutamente nada, Hans Espera, ayudarás a poner en pie a la señorita.

La incorporaron. La mujer llamada Gretchen la golpeó en las mejillas con cierta rudeza.

—He llamado al embajador —susurró—. Usted es su invitada, ¿no es cierto?

—No hacía falta que le molestasen —susurró Marta casi avergonzada. Porque se daba cuenta de que su papel iba a ser ridículo si la tomaban por una visionaria.

—Si algo le ocurre a usted, él debe saberlo —murmuró Gretchen—. Ha pedido a toda la servidumbre de la Embajada que le dedicáramos a usted las máximas atenciones. Mire, ahí viene.

En efecto, en aquel momento llegaba al sótano por medio de un ascensor de lujo que nada tenía que ver con el montacargas y que Marta no había visto antes. Se inclinó sobre la muchacha, haciendo un gesto solícito.

—Pero... *mein Gott!*... ¿qué ha ocurrido?

El criado lo explicó con breves palabras, haciendo un gesto de confusión.

—Le aseguro que no lo entiendo, señor embajador —dijo en inglés, por cortesía a Marta—. He oído un grito en el montacargas, y al descender y abrir las puertas he encontrado a la señorita desmayada. Ella dice que... que en el montacargas había una mujer muerta.

Tres pares de ojos se clavaron con sorpresa en Marta.

Ella estaba impresionada, acobardada.

No sabía qué decir.

Y ya no se sentía tan segura de haber visto a la mujer muerta.

Una mano acarició solícitamente sus cabellos.

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, señor embajador. Me encuentro bien...

—¿Quiere que llame a un médico? Tal vez necesite un calmante.

—No estoy excitada. Soy perfectamente dueña de mis actos.

—Lo sé, lo sé... Pero a veces un cambio de ambiente puede hacer que una persona se desequilibre, y usted ha pasado de un ambiente a otro con mucha rapidez. Haré que la acompañen a sus habitaciones, si insiste en que no la vea un médico.

—No, de verdad que no lo necesito.

—¿Quién era la mujer muerta que usted dice haber visto, señorita Marta?

—No... no lo sé.

—¿Pertenecía a la Embajada?

—No puedo saberlo.

—¿Podía haber sido una sirvienta que se hubiera desmayado, Hans?

La pregunta iba dirigida al criado. Éste abrió los brazos con un gesto de impotencia.

—¿Qué puedo decirle, señor embajador? Yo sólo sé que al abrir las puertas del montacargas no había nadie en él, excepto la señorita.

—¡Qué extraño! Aunque debe ser lo que he dicho antes: el cambio de ambiente... De todos modos quiero que llame enseguida a la policía, Hans. Quiero que se haga una investigación en regla y se reúna a todo el personal de la Embajada, por si falta alguien.

—Sí, señor embajador.

Luego, sus ojos giraron hacia Marta.

—¿Por qué ha bajado?

Ella ya se sentía mejor. La expresión de aquel hombre, tan fuerte y tan seguro de sí mismo, le infundía confianza.

—He bajado por una tontería, señor embajador. Incluso no va a creermelo.

—No me llame «señor embajador», se lo ruego. Yo soy para usted un amigo más. Diga, ¿por qué ha bajado?

—Buscaba ayuda. Se me ha roto la cremallera del único vestido de noche que tengo.

—*Mein Gott!* ¡Y era por eso!... ¿No ha podido llamar al servicio por teléfono?

—Me han contestado en alemán.

—Es lógico, puesto que no sabían quién llamaba. Pero todo el mundo sabe aquí francés, y la mayoría también inglés.

—No lo he pensado. Ahora me doy cuenta de que es una tontería, pero en aquel momento me sentía bastante confusa.

—Gretchen, acompañe a la señorita a sus habitaciones y cuide de todos los detalles. Quiero que no le falte nada y que sus menores deseos sean atendidos. Y ahora perdóneme, señorita Marta. Yo voy a revistar a todo el personal de la Embajada.

La muchacha inclinó la cabeza con un gesto de gratitud.

Se sentía avergonzada y hasta tenía la sensación de que estaba allí de más.

Subieron en el ascensor de lujo en vez de emplear de nuevo el montacargas. Al volver a la *suite*, Gretchen preparó una bebida tónica para la muchacha.

—Beba esto; verá cómo le sienta bien. Yo, mientras tanto, me ocuparé de su cremallera.

Y así fue como Marta, una hora después, estuvo lista para asistir a la fiesta.

Una fiesta que no había esperado cuando llegó a París. Y que tampoco deseaba.

Pero al menos en ella vería a Jim. Volvería a encontrarse con un pasado que había añorado tanto.

Y ¿quién sabe? Tal vez encontraría viva a la mujer que creía haber visto muerta.

Después de lo que le había ocurrido con el hombre de la americana pasada de moda, la muchacha ya no estaba segura de ninguna cosa de este mundo.

CAPÍTULO XI

LA CITA

Cuando llegó a los salones de la planta baja, la fiesta ya había empezado casi media hora antes. Marta, acostumbrada al ambiente del Bronx y a las posibilidades de una clase media tirando a baja, jamás se había visto envuelta en un lujo y en una magnificencia semejantes. Y tampoco soñó nunca asistir a una fiesta como aquélla.

La Embajada estaba adornada como en viejas películas que Marta había visto, pero que no pensó entonces que pudieran corresponder a ambientes reales. Los vestidos eran fastuosos y las joyas resplandecían. Casi todos los caballeros llevaban condecoraciones en sus *smokings*. Bandas rojas y azules cruzaban las pecheras de la mayoría de ellos.

Marta, que era una incansable lectora de periódicos, descubrió entre los asistentes a destacadas personalidades de la política francesa. No estaba el presidente de la República, porque eso hubiera dado a la fiesta un carácter demasiado solemne y oficial, pero en cambio descubrió al ministro Ortoli, al general Massu y al cinematográfico Chaban-Delmas.

De pronto una mano se posó discretamente en su antebrazo derecho.

—Señorita Marta...

—Oh, señor embajador...

—La estaba esperando. Permítame decirle que me parece usted maravillosa.

—Gracias. Pero es un vestido muy sencillo... No me avergüenza confesar que pertenezco a una humilde familia americana.

—No se trata del vestido, sino de la que lo lleva. Ah... Permítame que le presente a Wilhelm Steiner. Wilhelm es un joven

secretario de Embajada. Al verla a usted ha dicho enseguida: «Señor embajador, tiene que presentármela». Y yo, ¿cómo voy a negarme a la petición de un joven de tanto porvenir, que tal vez llegue a ser mi jefe como ministro de Asuntos Exteriores?

Wilhelm rió discretamente.

Era un joven alto y rubio, de facciones educadas, vez algo rígidas. Más que un diplomático parecía un militar. Pero ésa es una nota distintiva común a muchos alemanes.

—El embajador, tan serio, tan serio como lo cree la gente, tiene vocación de bromista —dijo—. Yo nunca pasaré de secretario en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Y ahora, si usted me lo permite, señorita...

La tomó por el brazo y la sacó a danzar.

La orquesta interpretaba un vals.

Era agradable sentirse mecida por aquellos brazos largos y fuertes. Era agradable dejarse llevar, pensar que la vida era hermosa, que todo resultaba maravilloso.

Pero ¿dónde estaba Jim?

¿Qué habían hecho con él?

¿Por qué no aparecía?

Wilhelm la miraba fijamente, con una media sonrisa en sus labios.

—¿Busca usted a alguien?

—Tal vez usted lo sepa. Me habían dicho que aquí encontraría a mi prometido Jim Burkley.

—No creo que tarde en tener noticias de él. Mire: ahí llega justamente alguien que parece querer hablarle.

En efecto, un hombre alto, de cabellos entrecanos, se acercaba a ella. Su *smoking* era una auténtica constelación de medallas. Su pecho estaba cruzado por una banca roja.

Puesto que el vals había terminado, pudo acercarse a la muchacha sin faltar a la cortesía.

—¿Me permite? —preguntó a Wilhelm con una sonrisa.

—Naturalmente que sí, señor cónsul.

El hombre se la llevó aparte.

—Imagino —susurró casi al oído de Marta— que usted querrá ver a su prometido.

—Dios santo... ¡Al fin!

—La está aguardando en el «salón dorado». Yo tendré mucho gusto en acompañarla. Permítame.

Marta siguió sus pasos.

El hombre debía conocer muy bien la Embajada. Atravesaron un pasillo donde había varios ujieres uniformados y también un individuo grueso que no sabía dónde meterse y que tenía pinta de agente de seguridad. Luego se encontraron en una sala donde no había nadie y al fin en otro pasillo desierto.

Marta susurró:

—¿Tan lejos está el «salón dorado»?

—Es allí, al final. Tras aquella puerta.

En efecto, había una doble puerta dorada al extremo del pasillo. Posiblemente el salón tomaba el nombre de ella. El cónsul la empujó mientras bisbiseaba:

—Supongo que querrá estar a solas con él. Adelante, señorita Marta.

Ella entró.

Y al instante se cerró la puerta a su espalda.

La muchacha sintió frío en la columna vertebral.

No lo entendía.

Al entrar en la habitación le había parecido iluminada, pero era porque la luz del corredor penetraba en ella. Ahora se daba cuenta de que la gran sala estaba a oscuras. Era una oscuridad verdaderamente fantasmal, casi impenetrable.

Marta bisbiseó:

—Pero ¿qué es esto...?

Sentía un miedo abismal, un miedo indefinible. El mismo que sintió en el montacargas al tocar a la mujer muerta. El mismo que sintió al ver dentro del ataúd al hombre de la americana pasada de moda.

Poco a poco sus ojos se habituaron a la oscuridad, hasta que ésta se transformó en algo menos hostil: en una espesa penumbra.

Al fondo se distinguía una ventana.

Y, recortándose en la ventana, la silueta de un hombre.

Un hombre alto, joven, que tenía que ser Jim.

Y entonces oyó su voz:

Su voz cálida, un poco tensa.

—Marta... Al fin otra vez... Al fin volvemos a estar juntos.

—Jim... ¡Ni que no nos conociésemos! ¿A qué viene tanto misterio?

Pero el corazón de Marta latía aceleradamente.

No podía negar que estaba emocionada.

—Jim...

Fue ella la que avanzó.

Fue ella la que se dejó caer en los brazos fuertes del hombre.

La que buscó sus labios.

El beso se produjo. Fue brusco, tenso. Fue el beso entre la boca de Marta... ¡y la boca de un hombre al que ella no conocía...!

De pronto una mano movió el conmutador de la luz.

Y entonces Marta lo vio.

Vio al hombre alto, joven.

Vio sus cabellos rubios.

Sus ojos azules y sus facciones un poco rígidas.

Lo único que pudo musitar fue:

—Canalla...

CAPÍTULO XII

UN BESO Y UN GUANTAZO

Mientras se movía levemente en la cama, dominado por el dolor de sus heridas, Johnny musitó:

—Fue la primera vez que me llamaban «canalla», amigo Parker. De verdad te lo aseguro.

Yo estaba asombrado.

Abrí mucho la boca.

—Pero, oye, Johnny...

—¿Qué?

—¿Aquel tipo eras tú?

Johnny sonrió débilmente, mientras yo miraba, como si los viera por primera vez, sus cabellos rubios y sus ojos azules.

—Claro que era yo, Parker.

—Pero ¿qué diablos hacías en París?

—Trabajaba.

—¿Besando chicas?

—Ésa es una manera de trabajar, ¿no?

Hice un gesto de envidia que no pude controlar del todo.

—Te felicito, Johnny. Te felicito tanto que lo que más deseo es que te pase por encima una apisonadora. Que te estalle en la americana una bomba atómica de bolsillo. Que te encuentres en la cama con la suegra de un jubilado de la casa Ford. ¡Demonios! ¡Eso es vida! ¡Eso sí que es trabajar de detective privado! ¡Besar chicas en París! Y yo, mientras tanto, ¿qué? La última vez que intenté largar un pellizco a mi secretaria negra, ella me atrapó la mano con un pisapapeles de mármol que pesa tres kilos. Y no tengo un níquel. Y no creo que pueda ir a París en mi vida, a menos que me meta en el agua a la salida del puerto de Nueva York y haga barco-stop.

¡Cuerno! ¡Lo tuyo sí que es vida!

Él meneó la cabeza.

—Yo no diría tanto, Parker.

—¿No, eh? ¿Estabas o no estabas en París? ¿Tenías o no tenías en tus brazos una chica succulenta?

—Cierto, pero la cosa no fue tan agradable como tú piensas.

—Por lo que me has explicado de Marta, ella es una chica que debe estar muy bien.

—Resulta estupenda.

—Y se tiró a besarte como una leona.

—Ujú. Como una leona.

—Pues ¿de qué te quejas?

—Verás... Yo acababa de hablar con el embajador alemán. Yo tenía que hacer allí un difícil trabajo.

—De momento no veo la dificultad por ninguna parte. Uno agarra a la chica, la sujeta bien, la besa y... y...

—No sabes aún la verdad, Parker.

—¿Qué verdad?

—Lo que ocurrió después.

—¿Y qué ocurrió después? ¿Qué aprovechaste la ganga y volviste a besarla, vampiro?

—No, nada de eso. Si te acercaras un poco más, amigo Parker, verías que tengo una muela casi fuera le sitio.

—¿Por qué?

—Ella me la trasladó de un guantazo...

CAPÍTULO XIII

MISIÓN PARA UN DESCONOCIDO

En efecto, la reacción de Marta, después de llamar canalla al desconocido, fue mucho más contundente, aún. Movi6 la mano derecha y la descarg6 sobre la mejilla derecha del hombre, que continu6 impávido. El joven ni siquiera parpade6. Debía estar acostumbrado a recibir golpes. No hizo el menor gesto de defensa.

Marta estaba asombrada.

Derrotada.

Ahora se daba cuenta de que todo aquello había sido una inmensa y sucia maquinaci6n, una macabra burla.

Ni siquiera creía que aquello fuera la Embajada alemana.

Ya no podía creer en nada.

¡Absolutamente en nada...!

Él pareció adivinar sus pensamientos cuando susurr6:

—Al menos eso no lo dude. Ésta es la Embajada alemana.

Su voz ya no era la de Jim. Su voz, algo ruda y seca, era distinta. Hablaba un inglés auténtico, con el acento que el inglés tiene en los barrios bajos de Nueva York.

Ella se dejó caer en una de las butacas.

Se sentía derrotada.

No tenía fuerzas ni para hablar.

Pero con un soplo de voz logró decir al cabo de unos instantes, tras sentir que el silencio se le hacía insoportable:

—¿Quién es usted?

—Puede llamarme Johnny.

—¿Americano?

—Sí.

—Policía, supongo.

—No exactamente, aunque sí soy algo parecido. Tengo licencia de investigador privado.

—Siempre he oído decir que esas licencias no valen para nada fuera del país.

—En efecto.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Me han contratado porque soy un desconocido, porque, por lo tanto, no estoy controlado por ciertos servicios internacionales de contraespionaje. Me han ofrecido el contrato más fabuloso de mi vida a cambio de correr unos cuantos riesgos y de mantener una estricta fidelidad.

—¿Y quién le ha ofrecido ese «fabuloso contrato»?

—La OTAN.

La muchacha iba a contestar algo, pero quedó paralizada de nuevo.

La OTAN...

Sólo ese nombre ya le infundía respeto.

Sabía que era la organización militar internacional encargada de defender el oeste de Europa en caso de un conflicto con las naciones del bloque oriental, y que manejaba más medios y más dinero que la mayoría de los países del mundo considerados ricos y poderosos.

Claro que ella no quería creer en las guerras y, por lo tanto, no creía en la OTAN.

Pero el organismo existía.

Y ella no podía desconocer su fuerza, una fuerza aplastante y de la que ahora, de pronto, se sentía como una pequeña víctima.

Él musitó:

—Sí. Me han ofrecido el mejor contrato de mi vida para hacer una investigación.

—¿Relacionada conmigo? ¿Qué clase de delito he cometido yo?

—Ninguno.

—¿Por qué estoy aquí?

—Porque Alemania occidental es miembro de la OTAN, y, por lo tanto, su Gobierno ha puesto la Embajada en París a disposición nuestra a fin de que hagamos las investigaciones necesarias.

—¿Por qué aquí?

—Éste es un ambiente dónde está usted protegida y donde, además, confiamos será sincera, porque ha ido de sorpresa en

sorpresa. Y una mujer que no sabe el terreno que pisa, suele darse pronto por vencida y confesar todo lo que sabe. Le anticipo que no queremos hacerle ningún daño, sino todo lo contrario.

Ella se pasó una mano por los ojos.

Trataba de recuperar sus fuerzas, sentirse más segura.

Pero no podía.

—Hay miles de preguntas que quisiera hacerle, Johnny —dijo—. Miles de preguntas...

—Haga una tras otra. Yo estoy aquí para contestarlas todas. Yo soy su amigo.

—Por ejemplo, antes he oído la voz de Jim...

—Ha sido un magnetófono. No hablaba él, sino un locutor que tiene una voz muy parecida. Y como se trataba de breves palabras, usted se ha engañado completamente.

—Pero él, ¿dónde está?

—No lo sabemos.

La cabeza de Marta sufrió una sacudida. Abrió mucho los ojos, clavándolos ansiosamente en Johnny.

—¿No lo saben...? —barbotó.

—No, aunque suponemos que no ha sufrido ningún daño.

—Entonces, todas aquellas informaciones sobre sus descubrimientos científicos, ¿fueron una trampa?

—Sí.

—Cada vez lo entiendo menos. ¿Cómo llegaron entonces a un periódico norteamericano y a un canal de televisión?

—Fueron dos noticias falsas. La OTAN, que posee medios poderosísimos a su alcance, las hizo difundir, y hubo un diario, el *New York Times*, que, dada la procedencia de la noticia, le prestó crédito. También ocurrió lo mismo con un canal de televisión. Fuera de eso, la noticia no circuló demasiado. Pero para nosotros resultó suficiente, ya que usted se enteró de ella.

—¿Entonces Jim no ha inventado nada?

—¿Qué iba a inventar?

Marta hundió la cabeza. Bruscamente el mundo y sus realidades aparecían de nuevo ante ella con las dimensiones que siempre tuvieron. Jim no era más que un pobre chico. ¿Por qué había de ser otra cosa? Ni inventos ni nada. Ni viajes en avión en clase «presidente», ni coches de la Embajada, ni representaciones

diplomáticas que estaban pendientes de él. Nada de eso. Sólo un pobre muchacho lleno de ambiciones materiales y que ahora estaba no se sabía dónde.

Johnny lo comprendió.

Se hizo cargo de que una porción muy importante de su vida se había oscurecido para Marta.

Musitó:

—Crea que lo siento, Marta. De todos modos, Jim tampoco ha hecho nada malo, al menos que sepamos. No se le causará ningún daño.

Ella alzó la cabeza de nuevo y le miró con ojos que trataban de ser serenos.

—Muy bien, polizonte de pega —dijo—. Siga con su comedia.

—Seguiré. Habíamos quedado en que esas noticias llegaron hasta usted y le hicieron tener la impresión de un Jim Burkley desconocido e importante, por el que usted iría a París o a cualquier otro sitio del mundo. La falsa carta que recibió de él, con letra perfectamente imitada, terminó de convencerla. Convenció también a sus padres para lo más difícil: traerla a París. La colaboración de la Embajada alemana desde que usted puso los pies en el aeropuerto de Orly fue también de una importancia decisiva.

—Todo eso lo entiendo, pero ¿qué buscan?

—Usted aquí no tiene amigos ni tiene dónde apoyarse. Posiblemente no tiene tampoco cómplices. Y perdone esa palabra, pero es que por obligación debemos sospechar de usted. Se trataba de tenerla en una ciudad donde nosotros sostuviéramos todos los hilos de la trama y donde usted no tuviera más remedio que decirnos la verdad.

—¿Qué verdad?

—La de la muerte del profesor Piaskowi.

—¿El profesor Piaskowi? Jamás lo oí nombrar.

—Era un físico polaco. Había salido de su país para dar una serie de conferencias en Estados Unidos, pero lo que no se sospechaba era que poseía información absolutamente nueva sobre la estructura de la energía en el átomo. Sus estudios le habían llevado a conclusiones que tenían gran importancia industrial y militar. En un caso u otro, Piaskowi era un hombre que valía millones.

—¿Se supo que era dueño de esos secretos cuando ya estaba en

Estados Unidos?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Como a nuestro Gobierno le interesaba mucho que Piaskowi se quedase allí, le ofreció «asilo político». Él se negó. No quería ser un traidor a su país. Pero el Gobierno de Varsovia receló que en el último momento pudiera cambiar de opinión, y pidió a sus agentes secretos allí que lo hicieran volver como fuese, incluso a la fuerza. Al mismo tiempo, una banda de espías internacionales husmeó el negocio y se puso en movimiento. Se trataba de raptar a Piaskowi y «venderlo» al país que mejor pagara por él. Piaskowi era una mercancía de primera magnitud.

—Comprendo.

—De modo que Piaskowi, un químico lleno de timidez y que no quería tener problemas políticos, se encontró acorralado por tres sitios distintos. Por un lado, las autoridades americanas que le presionaban para que se quedase. Por otro, los agentes secretos polacos que le exigían que volviera a su país y hasta le amenazaban. Por otro más, al fin, los delincuentes que querían raptarle para hacer con él un negocio fabuloso. El pobre hombre llegó a marearse y a tener miedo de todos a la vez. Entonces hizo lo que un tímido profesor hubiera hecho en sus circunstancias: huir.

—¿Adónde?

—Abandonó repentinamente la gira que estaba haciendo por Estados Unidos y se trasladó en secreto a Nueva York, donde estaba seguro de que podría ocultarse. Supongo que eso no resultó tan fácil como pensaba y vagó por las calles en espera de una oportunidad. Quizá cuando ya empezaba a angustiarse, conoció a Jim Burkley. Ignoramos aún las circunstancias de su encuentro, pero es de suponer que su toma de contacto se facilitó por el hecho de que los dos fueran químicos, aunque de muy distintas categorías.

—Me hago perfecto cargo. Siga.

—El caso fue que aquella misma tarde Jim Burkley llamó a la policía diciendo algo sensacional: que tenía al profesor Piaskowi en su casa y que éste había sido asesinado. La policía acudió inmediatamente, pero cuando entraron en el laboratorio de Jim no había nada. Ni manchas de sangre, ni desorden, ni una huella de un crimen. Como suele ocurrir en estos casos, pensaron que se trataba

de una broma y hasta tuvieron el gesto de perdonarle a Jim la multa. No le dieron la menor importancia.

—Pero luego sí que se la darían, supongo...

—Sí, claro. Entre el cierre del caso por el precinto de la policía y la búsqueda ansiosa del FBI, transcurrieron unas horas. Por pura rutina, todas las denuncias recibidas en los precintos, o comisarías de Nueva York, van a una sede central que las clasifica. Desde allí telefonearon al FBI porque les llamó la atención, aquel asunto de Piaskowi. Los federales trataron de encontrar a Jim. Por el momento sólo querían ampliar datos, porque tampoco daban al asunto demasiada importancia. Pero se encontraron con la bomba: Jim Burkley había desaparecido. Y entonces el caso empezó con toda su virulencia y con toda su importancia.

—Jim me llamó a mí ese mismo día —susurró Marta—. Fue a contarme algo, pero en el último momento se arrepintió. Bueno, supongo que el que me llamó era él.

—Seguimos su pista y supimos que había viajado hasta París. Pero aquí se perdía su rastro. Sin duda alquiló un automóvil y se dedicó a viajar por Europa o por el norte de África. Hay países, como España, que no exigen control de pasaportes para el paso, por ejemplo, desde Francia. Y desde España pudo pasar al norte de África, donde no hay modo de localizarlo. De todos modos pensamos que él no mató a Piaskowi, porque de lo contrario no hubiese llamado a la policía. Pero, en cambio, puede estar en posesión de sus secretos y puede tratar de venderlos.

—Jim nunca haría eso. Jim es fiel a su país.

—Por los datos que tenemos de él, nunca se ha distinguido por su fuerza de carácter. Si necesita dinero, venderá lo que sea. Y además se puede dar muy bien el caso de que ignore la importancia de lo que vende.

—Pero ¿cómo piensa que él pudo apoderarse del secreto del profesor Piaskowi?

—Puede que éste la tuviera retenida en su memoria, pero también que la llevara escrita en algún sitio. En el sitio más inocente del mundo, por supuesto. Y que Jim llegara a tenerla incluso sin sospecharlo, aunque ahora puede que ya lo sepa.

Marta cabeceó afirmativamente.

—De acuerdo, es muy posible. Pero ¿qué hicieron entonces?

—Puesto que Jim había desaparecido, el caso adquirió toda su importancia. Y pensamos que una persona de su absoluta confianza podía guardar la fórmula en Estados Unidos, mientras nosotros malgastábamos nuestro tiempo y nuestras energías persiguiéndole a él, que no llevaba nada.

—Y esa persona de su absoluta confianza era yo, ¿verdad?

—Exacto. Por eso la vigilamos y no observamos nada extraño. Pero podía tener enlaces, y ésa fue la razón de que decidiéramos traerla a París, donde estaría aislada.

—Cometieron ustedes un error, Johnny, un terrible error. Yo no he visto jamás a Piaskowi. No sé si está vivo o muerto. No sé ni qué aspecto tiene.

—Pues... Bueno, su aspecto era difícil de confundir. Eso es lo que hace más notable su desaparición. Como casi todos los sabios, Piaskowi resultaba bastante distraído y descuidado en el vestir. Casi siempre llevaba un pantalón gris y una americana a cuadros, pasada de moda...

Marta sintió de repente una crispación en la garganta.

Tuvo la sensación de que se ahogaba.

Con voz ronca, farfulló:

—Si el profesor Piaskowi era así... ¡yo le vi! ¡Lo he visto varias veces! ¡Incluso hablé con él! ¡Y una noche me siguió en un «Corvette» cerca del puente de Triboro!

Johnny se encogió de hombros.

Su actitud de indiferencia resultaba incomprensible para Marta.

Ésta casi gritó:

—¡Le juro que le vi! ¡Tiene que creerme! ¡E incluso sé que ha muerto!

Johnny volvió la cabeza hacia ella.

Sus ojos eran helados.

—¿Lo dice porque lo vio incluso metido en su ataúd en la foto de aquel catálogo?

Los dientes de Marta entrechocaron.

Bruscamente sintió que la habitación entera daba vueltas, que todo carecía de base, de sentido y que el mundo entero era como una inmensa pesadilla.

Barbotó:

—¿Cómo... sabe eso?

—Por la sencilla razón de que pensamos que usted podía tener escondido al profesor Piaskowi, en combinación con Jim Burkley. O que quizá había ayudado a sepultar su cadáver. Entonces contratamos a un verdadero artista, un hombre que podía perfectamente suplantar su personalidad, e hicimos que se mostrara varias veces ante usted. El golpe de gracia fue el de aquel federal que se presentó en su casa con el catálogo de ataúdes, fingiendo ser un agente de seguros de entierros. La exhibición de aquella fotografía trucada tenía que producirle un *shock* decisivo, y se lo produjo efectivamente, pero sin los resultados que nosotros esperábamos.

—¿Qué esperaban?

—Que tanto si tenía oculto al profesor Piaskowi como si había ayudado a enterrarlo, quisiera asegurarse de que seguía allí. La brusca reaparición de Piaskowi en su vida tenía que hacerla dudar. De modo que, si por ejemplo lo había enterrado en Jersey City, usted volvería a Jersey City para convencerse de que nada raro había pasado. Pero no volvió. No fue a ninguna parte. Eso nos hizo sospechar que quizá era muy lista y tenía enlaces que obraban por usted.

—¿Por eso decidieron sacarme de Estados Unidos y traerme a su propio terreno?

—Exacto.

—Una Embajada puede ser como una cárcel, ¿no?

—Eso nadie lo discute.

Marta hundió los hombros con un gesto de impotencia.

Efectivamente, se sentía prisionera.

Se sentía como un pobre conejillo de Indias al que habían traído allí para hacer un experimento.

—¿Qué pretenden de mí? —balbució—. En definitiva, ¿qué quieren?

—Queríamos saber su reacción al creer que se hallaba de nuevo frente a Jim. Queríamos ser los primeros en oír una frase comprometedora, si es que la soltaba.

—Pero no la he soltado porque nada sé. No he visto a Jim desde aquella tarde. No he vuelto a tener noticias suyas.

—Empiezo a creerlo, Marta. Además he de confesarle que todo lo que hacemos con usted es ilegal en cierto modo. Aunque a mí me

ha contratado el Gobierno, y aunque la Embajada alemana colabora en este caso con la OTAN, no podemos retenerla aquí en contra de su voluntad. Si desea marcharse, puede hacerlo. He de confesar que todos nuestros planes y todos nuestros golpes de efecto han fallado, y que nada podemos esperar de usted. Puede marcharse si quiere. Naturalmente le abonaremos el viaje de regreso.

Marta hundi6 la cabeza sobre los hombros.

No era eso lo que le importaba. No era el tener que pagarse o no un viaje hasta Nueva York.

Lo que la ahogaba era la sensaci6n de su fracaso como mujer.

El hundimiento de las ilusiones de toda su juventud, que era como decir de toda su vida.

Johnny musit6:

—Siento haber contribuido a su desenga6o. Le hemos dado unas ilusiones que no tenían base. Imagino que no podré perdonarme nunca.

Marta no contest6.

Seguía teniendo aquel regusto amargo en la boca.

—Imagino que usted quería a Jim —musit6 Johnny—. Para un amor como el suyo, esto debe haber resultado un golpe terrible.

—¿Un amor como el nuestro?

—¿Qué pasa? —pregunt6 Johnny con sorpresa—. ¿Es que no existía?

—Por mi parte, sí. Pero dudo que existiera por la suya.

—Ya es bastante.

—Nuestro amor... nuestro amor también estaba hecho de costumbre —balbució Marta—. Es amargo, pero tengo la sensaci6n de que nunca había sido tan sincera como ahora. Salir con Jim, amar a Jim... Me parecía normal no porque eso fuera verdadero o fuera importante, sino porque me había acostumbrado a ello. No sé... De repente tengo la sensaci6n de que el mundo entero ha cambiado de signo. Pero usted no me comprendería.

La mano de Johnny fue a acariciar impulsivamente los cabellos de Marta. Pero se detuvo en el aire.

Fue como un gesto inútil, un gesto que no tuvo continuaci6n ni la tendría nunca.

—Ahora ya lo sabe todo —musit6—. ¿Qué piensa hacer?

—Supongo que no me necesitan para nada.

—Para nada, puesto que nada sabe.

—Entonces me iré. ¿Cuándo sale el próximo avión?

—Mañana. Mientras tanto puede usted continuar en la fiesta, si quiere. Realmente es el cumpleaños del embajador, de modo que ahí, al menos, no hay nada fingido. Yo mismo podría acompañarla si quisiera. Creo que le interesa distraerse, Marta. Le interesa más que nunca.

Ella movió la cabeza negativamente, con pesadumbre.

—¿Cree que tengo ganas de bailar ahora? ¿Qué tengo ganas de hablar con la gente?

—Pues entonces, ¿qué va a hacer?

—La Embajada ha sido tan amable que ha puesto a mi disposición una magnífica *suite* y una doncella. Pasaré allí mi primera y última noche de París. No quiero ver a nadie.

—Tal vez le gustaría ver la capital de noche. Es un espectáculo único en el mundo...

—No, gracias —susurró Marta—. Y ahora hasta nunca, Johnny. No le guardo ningún rencor. Usted no tiene ninguna culpa de lo que ha sucedido.

Y salió del salón.

Aunque seguía sin conocer la Embajada, ahora ya se orientaba un poco mejor. Oía perfectamente los acordes de la música, abajo, y de la fiesta que seguía. Eso le infundía confianza, porque sabía que nada malo podía sucederle, al menos en el sentido físico. En el sentido moral... ¡Habían ocurrido tantas cosas horribles...!

Encontró sus habitaciones y se encerró en ellas. Volvía a estar sola. Gretchen, la mujer a la que habían encargado cuidarla, no aparecía ya por allí, sin duda porque creía que Marta ya no la necesitaba.

Las luces estaban encendidas.

Todo tenía un aspecto agradable y acogedor, con ese especial y sobrio confort de las habitaciones alemanas.

Intentando distraerse, Marta abrió una de las revistas que había en una mesa de centro. Eran revistas de peinados y de modas; se suponía que habían pensado que a ella le gustarían. Pero a Marta no la entusiasmaron, y eso hizo que las hojeara sólo fugazmente.

De pronto se detuvo.

En una de las páginas aparecía el rostro de una mujer con el

pelo muy bien peinado y muy brillante.

En apariencia aquello no tenía el menor interés.

Era, simplemente, el anuncio de una nueva marca de brillantina para cabellos muy secos.

Una brillantina curativa que era, pues, esencialmente grasa.

¿Por qué Marta miró aquello con tan inusitada atención? ¿Por qué pensó algo que hizo estremecer sus nervios?

Era la mujer del montacargas.

La mujer muerta que, según parecía, ella no había visto.

Bruscamente le pareció tenerla ante sus ojos otra vez. No, no había sido una pesadilla. La tenía otra vez allí, con el pelo muy brillante. Con el pelo muy brillante. Con el pelo muy brillante...

La idea martilleaba en las sienes de Marta.

Era una tontería, pero daba la sensación de que la mujer que vio en el montacargas (si es que realmente la vio) usaba el producto graso que se anunciaba en aquella revista.

Marta se puso en pie y salió de la habitación.

Una fuerza ajena parecía guiar sus pasos.

Una fuerza lejana.

Avanzó por el pasillo oscuro.

Todo parecía oscilar ante sus ojos.

Las luces mortecinas.

Las puertas.

El ascensor.

Pulsó el timbre de llamada. El montacargas empezó a ascender lentamente desde el sótano.

Marta abrió las puertas en silencio.

Nada. Todo en orden. Al oprimir el timbre de la luz, vio que la cabina estaba vacía.

Pero sus ojos se dirigieron entonces hacia el punto exacto en que antes creía haber visto a la mujer. Hacia la altura en que creía haber visto su cabeza, sus brillantes cabellos.

Allí, en la chapa del montacargas, había una levísima mancha que parecía de grasa. Ella pasó el dedo, lo impregnó de aquella sustancia y lo olió ávidamente. Era una sustancia cosmética, una sustancia perfumada. Podía tratarse de la brillantina que ella acababa de ver anunciada o de otra muy similar.

Pero eso no importaba. Lo que tenía una importancia realmente

dramática era otra cosa. Había encontrado una prueba.

¡La mujer muerta había estado allí!

¡La mujer existía!

CAPÍTULO XIV

ENCUENTRO CON LA MUERTE

Marta sintió que una corriente fría le pasaba por las piernas. Se retiró poco a poco.

Miró el ascensor como si éste fuera un ataúd del que ella acabara de salir y que hubiese tratado de engullirla.

Antes tuvo dudas, ahora no tenía ninguna. No era una visionaria. La mujer estrangulada existía, y siendo así resultaba evidente que alguien había acabado con ella.

Tenía que avisar al embajador. Tenía que avisarlo como fuese.

Nunca el corredor le había parecido tan largo. Tan oscuro y siniestro como en estos momentos dramáticos. Entró en la *suite*.

Le pareció que el teléfono brillaba de una forma distinta en la penumbra.

Allí estaba su salvación. Preguntaría en francés o en inglés cómo podía ponerse en contacto con el embajador enseguida.

Lo descolgó y en aquel momento vio la sombra.

No era una sombra hostil, ni mucho menos.

Gretchen le sonreía mientras doblaba cuidadosamente uno de los jerséis de la muchacha.

—¿Qué le pasa, señorita Marta? ¿Se encuentra mal?

—Usted puede ayudarme.

—Claro que puedo ayudarla. ¿Qué es lo que necesita?

—He de hablar con el embajador enseguida. Es muy importante.

—El embajador está en la fiesta.

—Lo sé, pero algún modo habrá de ponerse en contacto con él.

—Naturalmente que sí. ¿Quiere que llame yo?

—No. Lo haré yo misma.

—Entonces marque el número cinco. Es la oficina de

información de la Embajada.

Marta lo marcó.

Una voz metálica le contestó en francés. Era lógico, si se trataba de la oficina de información de una Embajada ubicada en París. Marta habló en el mismo idioma.

—Necesitaría ver al embajador enseguida. ¡Enseguida! Por favor, pídale que se ponga en contacto conmigo. Soy Marta, su invitada, la muchacha que ha llegado hoy desde Nueva York.

—Naturalmente que le avisaré, señorita. Un momento, permanezca en sus habitaciones y cuelgue el teléfono, por favor.

Marta lo hizo.

Los minutos transcurrían lentamente, inacabablemente, en medio de una ansiedad insoportable.

Gretchen susurró:

—¿Está usted nerviosa, señorita Marta? ¿Quiere que le prepare algo de beber?

—No, muchas gracias. ¿Cómo tarda tanto el embajador? ¿Es que no estaría en la fiesta?

—Claro que tenía que estar. Oiga, ahora llaman a la puerta. Tiene que ser él.

En efecto, alguien golpeaba con los nudillos quedamente. La misma Gretchen abrió.

—Señor embajador...

El hombre llegaba ajustándose bien, la banda que cruzaba su immaculada pechera. Daba la sensación de estar muy nervioso.

—¿Qué pasa, Marta? Me han avisado en mitad de la fiesta. ¿No se encuentra bien? ¿Por qué no ha vuelto?

—Usted sabe que mi presencia aquí tenía por objeto entrevistarme con un agente de mi país, señor embajador. Menos comedia con mi prometido Jim y con todo lo demás.

Marta volvió la cabeza hacia la derecha, donde estaba Gretchen, temiendo haber hablado demasiado, pues algunas cosas una sirvienta de la Embajada no tenía por qué oírlas. Pero Gretchen ya se había ido. Debía conocer bien su oficio y acababa de evaporarse discretamente.

—¿Se da cuenta, señor embajador? —preguntó Marta—. ¿Por qué no hablamos claro?

—Es mi mayor deseo. Ha realizado ya esa entrevista, supongo.

—Sí.

—¿Con algún resultado?

—Me temo que no, señor embajador. Pero de toda modos, no es eso de lo que quería hablarle.

—¿Pues entonces de qué?

—¿Usted recuerda que le he dicho antes que había visto en el montacargas una mujer muerta?

—¿Cómo voy a olvidarlo?

—Pues bien, la mujer muerta existía. Por tanto, no puedo fiarme ni de Gretchen ni del otro criado, del llamado Hans. Ellos vinieron a afirmar que yo era una visionaria. ¡Y fueron ellos los que sacaron el cadáver del montacargas! ¡Ellos hubieron de hacerlo por fuerza!

—Esas acusaciones son demasiado graves, señorita Marta, Sepa que el personal de las Embajadas, incluso el de más ínfima categoría, se selecciona escrupulosamente. Aquí hay demasiados secretos que no pueden estar al alcance de cualquiera.

—Le juro que estoy diciendo la verdad.

—¿En qué se funda para decir que existía la mujer muerta?

—Primero me fundo en que la vi. Segundo, en lo que voy a contarle ahora.

Y explicó detalladamente su excursión al montacargas y la mancha que había visto en una de las paredes de éste.

—¿Se convence ahora?

—Le seré sincero... Lo que usted dice no acaba de tener lógica. Puede que la mujer existiera y que usara efectivamente el cosmético que usted piensa. Pero la mancha también puede ser de otra cosa.

—No lo niego...

—En todo caso, creo que deberíamos hablar con un experto.

—¿La policía?

—La policía, por supuesto. Pero antes quiero que usted explique eso a uno de los miembros del servicio de seguridad de la Embajada. Él puede saber lo que hay de verdad en el asunto y obrará en consecuencia. Le aseguro que si Gretchen y Hans no son dignos de nuestra confianza, tendrán motivos para lamentarlo.

Y fue a salir.

Marta bisbiseó:

—¿Quiere que espere aquí, señor embajador?

—No... La verdad es que no creo que corra ningún peligro, pero

me sentiré más tranquilo si la dejo en una de nuestras habitaciones de seguridad. En todas las Embajadas las hay, ¿comprende? Por favor, acompáñeme.

La escoltó hacia un ascensor situado en el lado opuesto al del montacargas, y descendieron a una zona del sótano que, por su aspecto, debía estar blindada. Pero había allí un par de habitaciones acogedoras y agradables, con aire acondicionado. A Marta le fue ofrecido uno de los divanes.

—¿Por qué no llama a Johnny, señor embajador? —preguntó—. Johnny es el hombre con el que hablé en el «salón dorado», y creo que merece la más absoluta confianza.

—Cierto. Conozco a Johnny. Pero él es un detective privado norteamericano al que ha contratado su Gobierno.

—Sí.

—Por tanto, no le conozco tan bien como a mis propios hombres. De todos modos, le consultaré antes de resolver nada. Espere unos minutos, por favor.

La muchacha afirmó, mientras se sentaba en uno de los divanes. Al quedar sola respiró con alivio. No sabía bien por qué, pero ahora, después de hablar con el embajador, sentía una gran sensación de seguridad. Además, las habitaciones en que se encontraba eran absolutamente invulnerables.

Aguardó unos minutos.

Demasiados minutos para su impaciencia.

Otra vez sentía el paso del tiempo como una cosa espesa que la iba ahogando poco a poco.

Miró hacia la habitación de su derecha, que se comunicaba por un amplio pórtico con la que ella ocupaba ahora. Había allí una biblioteca, otro diván, una luz más tamizada...

... Y un hombre.

El hombre acababa de entrar.

Se había oído muy levemente el chasquido de la puerta.

Marta se puso en pie.

Su corazón latió aceleradamente mientras sentía que la sorpresa la dominaba, mientras sentía que se dilataban sus ojos.

El hombre se había detenido en el umbral que separaba las dos habitaciones.

Llevaba aún su chaqueta a cuadros.

Su chaqueta pasada de moda.

Después de su primera reacción de sorpresa y hasta de miedo, la muchacha tuvo casi deseos de reír. ¡Claro! Todo aquello era en cierto modo lógico. No tenía que haberse asustado tanto.

Johnny mismo se lo había dicho. El hombre de la americana pasada de moda era un agente del Gobierno federal. No tenía nada, pues, de extraño el que la hubiera seguido hasta allí, hasta la propia Embajada alemana en París, con tal de ayudarla.

Musitó:

—¿Le ha avisado Johnny?

—Sí.

—Parece mentira... Cualquiera diría que han pasado siglos, ¿verdad? Que ya ha transcurrido un tiempo incalculable desde que usted y yo nos vimos por primera vez en aquella tienda de Nueva York.

—Es cierto.

—Voy a explicarle lo mismo que le he explicado al embajador. Sé que usted va a creerme.

—Por supuesto que sí. Acérquese.

Ella se acercó.

Se sentía rodeada, invadida por las sombras.

Le parecía que no pisaba el suelo.

Que flotaba en el aire.

¿Por qué su sensación de seguridad desaparecía poco a poco? ¿Por qué necesitó fijarse en los ojos del hombre, como si no le hubiera visto nunca antes de entonces?

Y en aquellos ojos notó algo distinto.

No eran los mismos de las otras veces.

Tampoco eran las mismas sus manos... ¡en una de las cuales brillaba la hoja de un estilete!

¡Un estilete que volaba hacia la garganta de Marta!

¡Que iba a clavarse en ella...!

La muchacha se retiró en la última fracción de segundo.

La hoja pasó rozando su cuello, hasta el extremo de llevarse por delante pequeñas partículas de piel. Sólo una levísima vacilación y la yugular de Marta hubiera sido partida en dos.

Saltó hacia atrás.

Su agilidad la había salvado en el primer momento y sólo en su agilidad podía confiar. Tropezó con una de las butacas y cayó. El vestido resbaló sobre sus hermosos muslos, dejándolos al descubierto. Por unos segundos la visión fue fascinante.

Pero aquel tipo no se fijó en eso.

Aquel tipo no quería una hermosa mujer viva, sino una hermosa mujer muerta.

Al quedar sus piernas totalmente al aire, Marta sintió una especie de rubor, pero no se dio cuenta de que era eso precisamente lo que la salvaba. Pudo mover las piernas con libertad cuando el hombre atacó de nuevo. Pudo clavarle un tacón en el pecho y otro en el bajo vientre.

Si llegan a usarse los duros tacones de duraluminio de unos años antes, el fulano queda seco en el sitio. Por fortuna para él, los tacones que usan las señoritas ahora son menos peligrosos y más planos. Pero de todos modos tuvo una boqueada y quedó quieto junto a la butaca, mientras parecía faltarle el aire.

Marta aprovechó para escabullirse.

Dio una vuelta de campana invertida sobre el respaldo de la butaca, haciendo aún más portentosa su exhibición, y cayó al suelo a cierta distancia de su enemigo.

Éste se lanzó de nuevo al ataque.

Marta se dio cuenta de que no podría salir de allí.

Estaba totalmente acorralada.

El cuchillo osciló sobre su cabeza.

El hombre se había rehecho y atacaba en zigzag, Esquivando cualquier posible golpe. Marta no tuvo fuerzas ni para chillar. Vio el brillo del acero oscilando ante sus ojos, penetrando casi en ellos.

Y cuando el frío de la muerte ya iba, a hincarse en su piel, una especie de zarpa de acero cayó sobre la americana, pasada de moda. Marta vio que su enemigo era sacudido hacia atrás. Y vio que el que le levantaba materialmente por los aires era... ¡era Johnny!

Como a veces hacen con sus enemigos los luchadores de *catch*, Johnny alzó sobre su cabeza al hombre de la americana a cuadros, y cuando éste, a pesar de todo, intentaba dirigir el estilete hacia él, lo lanzó con todas sus fuerzas contra una de las paredes.

Ésta retembló.

El golpe recibido por el asesino había sido brutal.

Pero aún tuvo fuerzas para recuperarse y atacar de nuevo. Soltó el estilete, que en aquellas condiciones le servía ya de bien poco, y fue a sacar una pistola.

Johnny disparó su pierna derecha.

—¡Aaaauggg...!

La izquierda.

¡Claaang!

El hombre de la chaqueta a cuadros giró sobre sí mismo, chocó de nuevo contra la pared y volvió a atacar. Su ataque consistió en levantar la mano derecha para disponerse a apretar el gatillo.

Johnny logró sujetar en el último instante la mano armada. Volteó a su enemigo como si éste fuera una peonza. Tuvo que girar porque de lo contrario le habría partido el brazo.

—Ggggg... ¡Mmmm...!

Las dos exclamaciones de dolor casi se enlazaron con el nuevo impacto. Ahora fue directamente de cabeza contra una de las paredes. Johnny no se detuvo y le propinó un terrible puntapié en la sien.

La pistola resbaló de entre los dedos de su enemigo.

Éste quedó mirando al techo, con los ojos vidriosos, espantosamente inmóvil.

Johnny se inclinó sobre él.

Luego miró a Marta, que no se había acordado ni de cubrirse las piernas.

—Dios santo... —susurró.

—¿Está muerto?

—Me temo que sí.

—Johnny, ese hombre no era... no era el agente disfrazado que yo vi en Nueva York.

—Seguro que no. Pero era alguien que conocía toda la historia y que se vistió del mismo modo, o de un modo muy parecido, para infundirte confianza. Era el mejor sistema para matarte con absoluta seguridad, sin que gritaras ni armaras escándalo Sin que te dieras apenas cuenta. Pero ese tipo ha sido demasiado lento en el instante decisivo, pese a contar con todas las ventajas.

Marta logró ponerse en pie dificultosamente.

La visión fascinante de sus piernas desapareció.

—¿Por qué han tratado de matarme, Johnny?

—Aún no lo sé muy bien.

—¡Yo desconocía todo ese misterio del profesor Piaskowi hasta que me lo explicaste tú mismo! ¡Yo no sé nada!

—Debes saber algo que les perjudica. O por lo menos has empezado a molestarles.

—¿A quiénes?

—Sin duda a los que mataron a Piaskowi. Porque ahora empiezo a tener la seguridad de que está muerto.

—Johnny...

—¿Qué, Marta?

—¿Quién te ha enviado aquí?

—El embajador.

—Si llegas a tardar unos segundos más, yo... yo no lo cuento.

—Ya lo he visto. Pero afortunadamente el embajador me ha dicho que tenías que estar aquí y que viera si ocurría algo raro.

—¡Y tan raro!

—Celebro haber llegado a tiempo; Marta. No hubiera soportado... verte muerta.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Muy sencillo. Lo primero que he de hacer es avisar al embajador. No puedo tomar ninguna decisión sin que él la conozca.

—Por descontado, Johnny. Pero llévame a algún sitio donde esté de verdad segura... Por favor, sácame de aquí.

—Lo malo es que, en apariencia, éste era el sitio donde corrías menos peligro.

—Si llegan a colgarme por un hilo del tejado hubiera estado más segura. ¡Vaya sitio!

—No comprendo cómo ese aprendiz de asesino ha podido llegar hasta aquí, pero ya está liquidado. Ahora procuraré que no corras ningún peligro más. Acompáñame.

Los dos salieron de la sala, dejando el cadáver con la cabeza casi materialmente empotrada en una de las paredes.

Marta sentía una sorda angustia.

Tenía la impresión de que las sombras se cerraban sobre ella, cortándole el camino.

Cuando llegaron a la *suite* donde la muchacha había estado alojada, Johnny se dispuso a dejarla sola.

—Esto puede cerrarse, ¿no? Aquí veo la llave.

—¿Vas a buscar al embajador?

—Sí. Quiero hablar con él personalmente. Lo que ha ocurrido es tan grave que no debe ignorarlo un minuto más.

—¿Qué voy a hacer yo mientras tanto? —preguntó.

Marta, que en aquel momento no se hubiera sentido segura ni dentro de una caja de caudales.

—Cierra con llave y espérame. Son cinco minutos. Mientras tanto no puede ocurrirte nada.

Marta contuvo la respiración.

Intentó darse valor a sí misma.

—De acuerdo, Johnny; esperaré.

—Buena suerte. Y no te muevas de aquí por ningún concepto. No abras la puerta a nadie si no reconoces mi voz. Si sonara el teléfono interior, no lo descuelgues tampoco.

—Así lo haré, Johnny.

Los dos se miraron fijamente a los ojos.

Con una extraña, inquietante fijeza.

Ella sentía algo que quizá nunca en su vida había llegado a sentir.

Pero de sus labios no brotó una palabra más. Y al fin desvió la mirada, tratando de que nadie pudiera adivinar sus sentimientos.

La puerta produjo un chasquido al cerrarse.

Y luego los pasos de Johnny que se alejaban.

Los pasos que la dejaban sola...

Hizo girar la llave casi con ansia, sin poder dominar del todo su miedo.

Nunca aquellas habitaciones le habían parecido tan frías, tan hostiles, con su clásica seriedad germánica.

Se acercó poco a poco a la ventana, tratando de calcular lo que, en caso de apuro, podía significar un salto hacia la calle.

Y fue en ese momento cuando la espada se alzó poco a poco hacia ella. Fue en ese momento cuando la larga hoja de acero avanzó en busca de su espalda.

CAPÍTULO XV

ATAÚD PARA UNA MUÑECA

La espada avanzaba hacia ella en el más absoluto silencio.

En el decorado de la habitación figuraba sobre la chimenea una panoplia donde se cruzaban dos artísticas y afiladas espadas del medievo. Pero en la panoplia sólo se hallaba ahora una de las dos espadas. La otra estaba a espaldas de Marta.

¡Y ella ni siquiera la presentía!

Querían matarla sin ruido.

Careciendo por el momento de pistolas con silenciador, no podían exponerse a un tiroteo en la propia Embajada.

Dos manos sostenían firmemente la hoja de acero.

La alzarón poco a poco para asestar el golpe fatal.

Marta seguía mirando por la ventana hacia el patio interior de la Embajada. Y en aquel momento desvió levemente los ojos.

Vio el reflejo en el cristal.

Distinguió el leve brillo de la hoja de acero que ya cruzaba el aire como un relámpago.

Tuvo el tiempo justo para apartarse.

Apenas una fracción de segundo.

Ssssgggg...

El roce del acero en el aire le produjo el mismo dolor que si hubieran segado su garganta.

La espada cortó los cortinajes, acarició la espalda de Marta y produjo en su vestido un corte que era como un preludio de muerte. Marta resbaló por la pared mientras sus ojos desencajados miraban al nuevo enemigo que tenía enfrente.

Esta vez no se sorprendió.

Era Hans.

Hans la había esperado allí para matarla.

La muchacha se dio cuenta de que le hubiera convenido saltar por la ventana en el primer momento, rompiendo los cristales con el peso de su cuerpo. Pero ahora ya no podía. Al tratar de esquivar el nuevo golpe, había quedado casi en el lado opuesto.

Hans respiraba fatigosamente.

No comprendía cómo había podido fallar. Con las facciones crispadas por el odio, se disponía ahora a asegurar el segundo golpe.

Marta palpó la pared a su espalda.

Sus diez dedos ansiosos buscaron desesperadamente una salida que no existía.

Hans movió la espada hacia un lado, de pronto frenó y asestó el golpe por el otro. Engañó de lleno a Marta, que no era experta en ninguna clase de lucha.

El filo de la espada fue hacia ella.

Sólo una cosa le salvó... de momento.

Marta había sujetado uno de los candelabros que descansaban sobre la repisa de la chimenea. Lo blandió cómo podía haber blandido una almohada. No sabía qué hacer. Sólo tendió aquello instintivamente, poniéndolo como un escudo delante de ella.

La espada chocó con el candelabro.

Lo hizo saltar bruscamente de entre los dedos de Marta, pero eso fue suficiente para que la hoja de acero se desviara. Y la muchacha giró también bruscamente sobre sí misma. Cayó al suelo hecha un ovillo.

Hans lanzó un grito de rabia.

Ahora sí que la tenía segura.

Alzó la espada con las dos manos, dispuesto a partir el cuello de Marta de un solo tajo.

La muchacha empujó una de las butacas con el pie.

No podía hacer otra cosa.

El mueble salió proyectado contra las rodillas de Hans, que vaciló. La hoja de acero se hundió en la alfombra, junto al cuello de Marta, y marcó en ella un tajo que heló la sangre en las venas de la joven.

Ésta saltó con toda la agilidad de sus veinte años.

Volvió a quedar hecha un ovillo, pero ahora unos pasos más

hacia allá. Hans se incorporó. Estaba ciego de odio.

Un atizador de la chimenea chocó contra sus rodillas. Marta no tenía nada más para lanzar. Hans vaciló un momento, pero luego siguió avanzando.

Marta se había puesto en pie.

Tenía las manos apoyadas en una de las butacas.

La dejó caer en el momento en que Hans atacaba, tratando de cortar el paso. Marta sabía que estaba perdida y sólo trataba de retrasar el momento terrible de su muerte. Buscó con ojos ansiosos algo que le sirviera para su defensa, pero no lo encontró. Y entonces tuvo una idea, una idea de ejecución instantánea, que de nada iba a servirle si no la ponía en práctica en fracciones de segundo.

Su enemigo corría hacia ella de nuevo con la espada en alto. En aquel momento estaba pasando sobre una de las alfombras.

Marta se inclinó, tomó los bordes de ésta y tiró bruscamente hacia arriba con todas sus fuerzas.

El suelo vaciló bajo los pies de Hans.

Éste lanzó un grito mientras soltaba la espada. Cayó de bruces y sólo entonces, al ver que nada conseguía con el arma blanca, se lo jugó todo a una bala. Decidió hacer ruido, aunque debían haberle prohibido que disparase.

Sacó trabajosamente una pistola de su funda sobaquera.

Pero ya Marta había empuñado la espada caída en tierra. Ya Marta estaba viviendo algo que nunca creyó poder vivir.

El miedo la dominaba.

Fue el miedo lo que la hizo bajar los brazos.

Con fuerza.

Con una especie de asco de sí misma.

Con un deseo angustioso de terminar...

El «chaaask» alucinante de la espada al hundirse en el cerebro de Hans le produjo un escalofrío. Nunca hubiera podido imaginar que una hoja de acero hendiese de tal manera los huesos de un hombre. Nunca hubiera creído tampoco que ella tuviese tanta fuerza.

Miró la escena con ojos desenchajados.

La sangre había salpicado los muebles.

Y Hans había quedado espantosamente inmóvil, con la pistola aún sujeta por su mano derecha.

Marta dejó caer la espada.

Le parecía imposible.

Aquella misma mañana ella había llegado a París como una millonaria, había esperado ver a Jim y ser feliz en sus brazos. Ahora no era más que una mujer desesperada que acababa de matar. No era más que una especie de fiera manchada de sangre.

No se atrevió ni a llevar las manos a sus ojos.

Le pareció que sus manos olían a muerto.

Poco a poco, como una sonámbula, se dirigió a la puerta. Hizo girar la llave. La abrió bruscamente.

Y entonces vio a alguien al otro lado del umbral.

Alguien que llegaba en aquel momento.

Era Gretchen.

Marta no tuvo fuerzas. Casi cayó materialmente en sus brazos. Las rodillas se negaban a sostenerla.

—¿Pero qué pasa?

Marta tenía las facciones desencajadas.

—Gretchen... ¡Sáqueme de aquí! ¡Por Dios! ¡Sáqueme de aquí de una vez!

—Claro que te sacaré, querida. Claro que te sacaré... Y antes de un minuto...

La voz de Gretchen había sido seca y metálica.

Y Marta sintió aquella cosa que se clavaba entre sus senos. Sintió aquella dureza helada.

El cañón del revólver le arañaba la piel.

—Vamos —dijo la voz inhumana de Gretchen—. ¿No querías salir de aquí? Pues anda...

CAPÍTULO XVI

FESTIVAL DE MUERTE

Quizá en otras circunstancias Marta se habría defendido. Ya había salvado la piel dos veces en circunstancias desesperadas, pero ahora no le quedaba energía para más.

Sus fuerzas fallaban.

Después de lo que había hecho, ya no le importaba morir.

La presión del revólver entre sus senos se hizo aún más dura e inquietante.

—Ven...

Gretchen la empujó.

Tenía la fuerza de un cargador de los muelles.

Y debía conocer muy bien la Embajada, porque inmediatamente abrió una puerta semisecreta que quedaba muy disimulada entre los relieves de madera del pasillo. A partir de aquel momento Marta supo que ya no tendría la menor oportunidad. Estaba en un pasillo oscuro al final del cual le aguardaba su propia tumba.

Ahora Gretchen estaba a su espalda.

La empujaba con el revólver.

—¡Aprisa! ¡Aprisa...!

Marta, dominada por su propia angustia, no era capaz de resistirse. Avanzaba como una sonámbula. Descendieron unas escaleras de acero y se encontró de repente en un garaje subterráneo en el que había varios coches, todos ellos de marcas alemanas, como «Volkswagen», «Opel» y «Mercedes Benz».

Fue como una burla del destino.

Gretchen señaló el fastuoso «Mercedes 600» con el que aquella mañana habían, acudido a recibirla al aeropuerto de Orly.

—Entra...

Un hombre estaba junto al coche. Marta le reconoció por haberle visto en la Embajada, aunque no podía recordar dónde. Se dio cuenta de que entre los dos la podrían sacar de allí muy fácilmente, puesto que el personal de las puertas les conocía.

Marta se dejó caer sobre el diván posterior y Gretchen se situó a su lado, clavándole el revólver en las costillas, pero de forma que no se notase nada desde el exterior.

—Si abres la boca una sola vez, te abraso. Te juro que no me importará lo que ocurra luego. Tú di una sola palabra y habrás pronunciado tu sentencia de muerte.

El hombre se puso al volante. El «Mercedes» salió del garaje y se acercó a las puertas que cerraban por aquel lado el jardín de la Embajada.

Aminoró la marcha y un funcionario uniformado se aproximó.

Miró hacia el interior del coche.

—Vamos a dar una vuelta —dijo el conductor—. La señorita quiere conocer París.

Aunque había hablado en alemán, Marta entendió perfectamente el sentido de las palabras, del mismo modo que entendió el sentido de la respuesta.

—A divertirse. Buenas noches.

Las puertas se abrieron.

Marta supo que se habían abierto las puertas de su propia tumba.

Rodaron a buena velocidad hasta desembocar en el puente de Grenelle, desde donde fueron siguiendo la línea del Sena. Como Marta no conocía nada de aquello, hubiera sido incapaz de decir por qué lugares la habían llevado. Lo único que notó fue que dejaban París atrás. Aunque la carretera estaba concurrida, pronto tomaron por un ramal que llevaba a una reciente urbanización. Un gran cartel luminoso indicaba: «Chalets, apartamentos y estudios en venta». Había allí estacionados algunos coches de parejas y quizá por eso no se detuvieron.

Tras salir de la urbanización, tomaron por un sendero aún más estrecho. Los faros del «Mercedes» se habían apagado y ahora avanzaba a menos velocidad y guiándose sólo por las luces de situación. De pronto se encontraron otra vez ante el Sena, pero ahora en un lugar absolutamente desierto, en una especie de

meandro donde sin duda los pescadores acudían en masa los domingos. Pero ahora no se veía un alma.

El «Mercedes» se detuvo.

Marta bisbiseó:

—¿Qué vais a hacer?

—¡Vaya! Menos mal que has abierto tu boquita... ¡Creí que habías quedado muda!

—Vais a acabar conmigo, ¿verdad?

—¿A ti qué te parece?

—Pero, eso, ¿por qué?

—Ya estorbas demasiado. No tardarías en convencer al embajador de que, en efecto, existía una mujer muerta dentro del montacargas. Y a partir de ahí se complicaría todo.

—Pero la mujer existía, ¿verdad?

—¡Claro que existía! La estábamos colocando en el montacargas para trasladarla sin que la vieran, pensando que a aquella hora a nadie se le ocurriría pulsar el botón, ya que el montacargas está en la zona de servicio. Y tú, que no conocías la Embajada... ¡vas y lo llamas! No tuvimos tiempo de hacer nada, excepto esperar a que bajase otra vez. Menos mal que tú te habías desmayado al estar en la grata compañía de la difunta.

—¿La habéis hecho desaparecer?

—Va en el portamaletas del «Mercedes».

Marta se estremeció.

Fue entonces cuando sintió con más intensidad que nunca la presencia física, brutal de la muerte.

Gretchen rió secamente.

Tenía una risa áspera, cascada y dura.

—Vas a ir con el «Mercedes» al fondo del Sena, preciosa. Nos sabe mal estropear un coche tan perfecto, pero no hay más remedio que hacerlo así. Con un poco de suerte, tardarán en encontrarte más de una semana.

—Pero ¿qué buscáis? Todos, esos crímenes no tienen sentido. ¿Cuál es el objeto? ¿Qué infiernos queréis con todo esto?

—Muy sencillo —dijo Gretchen—. Nosotros matamos al profesor Piaskowi.

—¿Para qué?

—Llevaba encima algo que podía valer millones.

—¿Qué llevaba?

—El resultado de sus estudios, concretados en un par de fórmulas.

—¿Y por eso le matasteis en Nueva York, en casa de Jim? ¿No hubiera sido mejor raptarle? ¿Qué sentido tiene eso?

—Intentamos raptarle, pero Piaskowi se puso difícil. Durante la lucha, y como el tiempo apremiaba, quizá nos mostramos un poco duros. El caso es que Piaskowi se nos quedó como quien dice entre los dedos. Cuando quisimos darnos cuenta, ya estaba muerto.

—¿Y no encontrasteis lo que llevaba encima?

—No, no pudimos encontrarlo. Tenía una serie de cosas sin interés: dinero, algunas anotaciones, un pasaje aéreo para dar prácticamente la vuelta al mundo... Nada de eso nos solucionaba nada. De todos modos, lo que buscábamos podía estar en cualquier sitio, por ejemplo en un tatuaje de la piel de Piaskowi. Mientras decidimos lo que había de hacerse, entró Jim y tuvimos que ocultarnos. Él le registró y se quedó unas cuantas cosas, entre ellas el dinero. Vaya pájaro el amigo Jim... Luego salió a avisar a la policía, y en el intermedio nosotros pudimos llevarnos el cadáver.

Marta cerró un momento los ojos.

Todo lo que le contaban desfilaba ante ella como las escenas de una vieja película.

Aquello encajaba perfectamente con lo que le había dicho Johnny. Hasta aquí todo lo entendía.

Luego se había largado con el dinero y con el pasaje aéreo. Una bonita hazaña...

Gretchen continuó:

—Por desgracia, lo que habíamos supuesto sobre el profesor Piaskowi resultó fallido. Él no llevaba nada. Ningún tatuaje en la piel, ningún diente hueco, ninguna trampa en su reloj ni en los tacones de sus zapatos. Somos verdaderos expertos en esa clase de trabajos y lo hicimos bien. Pero fue inútil. Entonces pensamos que Jim Burkley se había llevado tal vez la fórmula. Al fin y al cabo, también él es químico.

Marta cerró de momento los ojos.

La posibilidad de que Jim tuviera aquello le produjo vértigo.

—¿Y le habéis estado persiguiendo? —musitó.

—Sí, aunque sin resultado. Ha sabido escabullirse muy bien. Y

justamente entonces hemos pensado que quizá Jim y tú sois más listos de lo que parecía. Jim era un enlace al que Piaskowi iba a entregar su secreto. Jim lo tiene ahora y se dedica a huir para que nosotros gastemos las energías y el tiempo en seguirle, mientras en realidad la fórmula de Piaskowi la tienes tú. Tú, que te las das de muñeca inocente...

Marta tragó saliva.

Todo aquel mundo en que de repente se había visto metida le parecía incomprensible y nauseabundo. Pero había de reconocer que las sospechas de Gretchen tenían una base rigurosamente lógica.

—Aún puedes decirnos dónde está, muñeca —silabeó Gretchen—. Aún tienes una última posibilidad de salvar la vida.

Marta hizo una mueca de decisión, mientras trataba de armarse de valor.

—No conseguiréis nada... —Silabeó—. Os atraparán de todos modos. El portero de la Embajada alemana ha visto que salíais conmigo. Os podrá acusar cuando ni el «Mercedes» ni yo aparezcamos.

—Eso no nos importa —musitó Gretchen—. Nosotros estábamos empleados en la Embajada como eventuales y además con documentos y referencias falsas. No pensamos volver allí. Puede que nos busquen, pero nunca darán con nosotros.

Marta sintió frío en la espina dorsal.

Comprendió que estaba perdida.

La voz pareció brotar del fondo de su cráneo cuando Gretchen gritó secamente:

—¡Habla...!

—No... no sé nada de todo esto. No he visto a Jim desde la muerte de Piaskowi.

—¿Pretendes que te creamos?

—¡No tenéis más remedio que creerme! ¡No sé nada!

Gretchen miró al hombre que había conducido el automóvil hasta allí.

—Karl...

Karl alzó el capó del motor.

Marta no podía entender qué demonios quería con aquello.

Marta vio que sacaba dos cables del bolsillo y los conectaba a

algún sitio, seguramente a los bornes de la batería. Los cables terminaban en una especie de caja reguladora de la tensión, de la que partían otros dos cables con unos pequeños garfios parecidos a los clips que se emplean para sujetar papeles.

Marta seguía sin entenderlo.

Pero de pronto se dio cuenta de todo, con un estremecimiento de horror.

Aquella condenada de Gretchen se había convertido en una especie de arpía que hacía aquellos preparativos con auténtico placer.

Sus ojos brillaron al contemplar a Marta.

Debía ser una anormal, porque disfrutaba por anticipado del espectáculo que iba a desarrollarse.

Al mismo tiempo tenía una fuerza de luchador de *catch*.

Después de rasgar el vestido de Marta, se colocó a sus espaldas antes de que la muchacha pudiera moverse. Le llevó los brazos a la espalda y le hizo en ellos una salvaje presa. Marta quedó sin respiración.

El llamado Karl aprovechó bien aquel momento.

Con dos hábiles movimientos, conectó los pequeños garfios a las puntas de los senos de Marta.

Ésta se dio cuenta de lo que podía significar aquel suplicio.

Gritó con todas sus ansias, gritó con todas las fuerzas de su alma, aun a sabiendas de que nadie la oiría.

Karl movió algo en la caja.

La descarga hizo que todo el cuerpo de Marta se estremeciese. Gretchen, que la sujetaba, también debió recibir la corriente, pero con menos intensidad y además en puntos que no eran apenas sensibles.

Jadeó:

—¡Habla!

—¡No... no sé nada! ¡No puedo decir nada!

—¡Karl!

Era una orden que Karl cumplió con placer. Manipuló otra vez en la caja.

Un grito desesperado de Marta rasgó el aire al recibir la segunda descarga.

—¡Te destrozaremos! ¡Te quemaremos viva si sigues negándolo

todo! ¡Habla!

En aquel momento oyeron el leve zumbido del motor de un coche.

Unos faros pasearon por el agua, arrancando leves reflejos al curso del Sena. El motor se detuvo, pero los faros siguieron enviando su doble haz de luz muy cerca de donde estaban las tres figuras.

Karl alzó la cabeza.

—¿Qué infiernos es eso?

—No te preocupes —murmuró Gretchen—; se trata de Wilhelm. Ha estado bailando con esta preciosidad en la Embajada.

La muchacha lo recordó.

Por unos instantes brilló en sus ojos como una leve lucecita de esperanza.

Pero las siguientes palabras de Gretchen se la hicieron perder enseguida. Gretchen dijo con voz seca:

—Me extrañaba que no hubiera llegado ya. Habíamos acordado que nos seguiría. Él vigilará para que nadie nos interrumpa.

Marta sintió que se ahogaba.

Estaba más perdida que nunca.

¡Ahora sí que no tenía salvación!

—¡Karl!

El esbirro se dispuso a mover por tercera vez la caja. Pero en aquel momento algo ocurrió a sus espaldas, algo que ninguno de los cuatro fue capaz de advertir.

Y Wilhelm menos que nadie.

Una mano disparada de canto cayó sobre su nuca.

Fue como un mazazo.

Wilhelm aún pudo volverse, mientras llevaba la derecha a la funda sobaquera. Pero ahora el mazazo fue doble y le alcanzó en los riñones. Wilhelm lanzó un gruñido mientras alzaba las manos con un movimiento reflejo.

Así quedó descubierto durante unos instantes. Su barbilla fue cómo una tentación.

El gancho que llegó hasta aquella mandíbula tenía más fuerza que el brazo de una grúa.

Wilhelm lanzó apenas un gruñido.

Logró sacar la pistola que llevaba en la funda sobaquera. Con los

ojos ya vidriosos, fue a disparar.

El siguiente golpe fue definitivo.

Fue un golpe de los que no perdonan.

Propinado con el canto de la mano directamente a la parte anterior del cuello. Un auténtico golpe de comando.

Wilhelm se estremeció.

Quedó arrugado, hecho un ovillo, junto a las ruedas del coche.

Pero el ruido de su caída alertó a los otros.

Fue Marta la primera en volver la cabeza:

Barbotó:

—¡Johnny!

Karl soltó su maldita máquina para sacar una pistola del bolsillo. Se puso a disparar. Las balas picotearon la carrocería del coche que estaba en lo alto del promontorio.

Pero el coche venía hacia ellos.

Avanzaba como un bólido.

Karl lanzó una salvaje maldición mientras intentaba apuntar hacia el parabrisas.

La bala lo atravesó, pero no alcanzó al hombre que conducía. Un segundo después se oyó un brutal topetazo. Karl y Gretchen habían sido alcanzados de lleno. Sus cuerpos salieron proyectados hacia las aguas del Sena, donde también se hundieron las ruedas del coche, llevado por su impulso.

Johnny dejó que se «calara» y saltó inmediatamente, llegando a tiempo de sujetar a Marta. La muchacha había recibido también un topetazo, pero con el flanco del coche, sin demasiada gravedad. Johnny lo había dirigido expresamente contra Karl, que era el que disparaba, y de propina contra Gretchen, que estaba junto a él.

—¿Te sientes bien?

—Lo del coche no tiene importancia, Johnny. Lo que me duele es... es esto.

No hacía falta que lo señalase para que Johnny se diera cuenta.

Barbotó:

—¡Condenados perros...!

—No te preocupes. De todos modos ya... ya se me pasará.

Johnny la soltó y se dirigió hacia los dos caídos, hundidos de bruces en las aguas del Sena, que no eran demasiado profundas en aquel lado. Levantó primero a Gretchen y luego a Karl.

Hizo un gesto de desaliento.

—No podrán hablar —dijo—. Ya no podrán explicar nada.

—¿Están muertos?

—Entre el topetazo y el haber estado más de dos minutos con la cabeza hundida en el agua, claro que lo están.

—Si es sólo para que te digan cosas, no pienses más en ello. Ya me han dicho a mi bastantes.

—¿Mataron ellos al profesor Piaskowi?

—Sí.

—¿Qué más sabes?

Marta hizo un pequeño resumen de lo que le habían dicho, para terminar con una pregunta que había estado deseando hacer desde que vio al joven:

—Pero, Johnny... ¿cómo estás aquí?

—He visto desde una de las ventanas al «Mercedes» que salía y he imaginado enseguida lo ocurrido. Para no perder ni un minuto he saltado desde aquella ventana, corriendo hacia la salida de la Embajada. El portero me ha dicho que, efectivamente, tú ibas en ese coche. Yo he volado al aparcamiento a toda velocidad que me permitían los pies y me he apoderado del trasto más rápido que he podido encontrar ahí. Desgraciadamente, la persecución no ha sido fácil; estabais tan lejos que en muchos puntos os perdía de vista. En una urbanización que hemos atravesado he llegado materialmente a perderme. Si estoy aquí, ha sido después de dar cien vueltas.

—Pues si llegas a dar ciento una, Johnny, ya no llegas a tiempo.

Marta se había rehecho un poco en el aspecto físico, pero en cambio en el aspecto moral estaba destrozada. Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios, y Johnny comprendió que era a causa de la visión de los cadáveres.

—Vamos —susurró—. Vámonos de aquí.

La acompañó, casi sosteniéndola, hasta lo alto del promontorio, donde estaba el coche del que se había apropiado. Era un fabuloso «DS», o sea el «Citroën» con motor «Maserati». En caso de ser una persecución en línea recta, el «Mercedes» no hubiera podido huir nunca.

—Volvamos a la Embajada, Marta.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que avisar a la policía francesa. Pero no a cualquiera,

sino a una sección especial que está al tanto de este asunto. Mientras tanto, tú estarás en un lugar seguro; permanecerás junto al embajador hasta que yo vuelva.

—De acuerdo, Johnny.

—Serán sólo cinco minutos.

—Los que tú necesites. No te preocupes por eso, ya que allí no he de correr ningún peligro.

Johnny se puso al volante, arrancó y fueron a buena velocidad hacia la urbanización. Allí nadie parecía haberse enterado de nada, a pesar de los disparos. Los mismos coches y las mismas parejas estaban en plena función.

En un tiempo que a Marta le pareció increíblemente corto, llegaron otra vez al puente de Grenelle.

Johnny musitó:

—Ya imagino al embajador cuando se lo expliques todo. Se le va a caer el monóculo.

—No lleva monóculo.

—No, esta noche no, pero suele llevarlo con frecuencia. El procede del Estado Mayor alemán y allí estaban de moda. Incluso conserva la señal bajo el párpado derecho.

Marta echó la cabeza hacia atrás.

Ni siquiera parecía haber oído las últimas frases de Johnny.

—Me parece increíble que esté viva... —susurró—. Y me parece más increíble aún que hace un par de días yo fuera una muchacha tranquila que vivía en Nueva York y no había visto jamás de cerca una pistola.

—Pronto olvidarás todo esto, Marta. Habrá sido como una pesadilla.

En aquel momento llegaban a la Embajada.

La fiesta continuaba allí, por lo visto. Marta se dio cuenta de que, desde su salida, sólo habían transcurrido tres cuartos de hora. Mientras ella estaba a punto de morir, los vales habían seguido sonando. Y, al parecer, nadie la había echado de menos.

Johnny detuvo el coche ante el portero.

—¿Tiene teléfono a su disposición? —preguntó.

—Claro, señor. Naturalmente.

—Avisé al embajador. Dígale que tengo que dejar unos minutos bajo su protección a la señorita Marta.

—Muy bien, señor.

El portero desapareció en su garita y reapareció al cabo de unos instantes.

—El señor embajador dice que espera a la señorita Marta en la puerta, señor.

—De acuerdo. ¿Puedo emplear yo también su teléfono?

—Claro, no faltaba más.

Johnny entró, dejando por un momento sola a Marta dentro del lujoso automóvil. El portero entró con él. Telefoneó y volvió a salir al cabo de un par de minutos.

Marta estaba ansiosa.

Cada segundo de soledad era para ella un suplicio.

—¿A quién has llamado, Johnny?

—A la policía. He dicho que voy inmediatamente. Sólo estaré fuera unos minutos, descuida.

—Johnny... ¿pero por qué no viene la policía aquí?

—¿Aquí? ¿A la Embajada y durante una fiesta? Aunque no llegaran uniformados, sería muy difícil guardar el secreto, querida. La discreción impone una serie de normas. Y por otra parte, la Embajada es territorio alemán, de manera que sin permiso del embajador no puede entrar la policía francesa. El permiso me lo exigirán por escrito, de modo que perderíamos unos minutos preciosos. No te inquietes: estaré de vuelta antes de lo que tú imaginas.

—Gracias, Johnny. Pero, por favor, ¡no tardes!

—Descuida, Marta. Y ahora, si me dejas el coche, me ayudarás a que haga esa gestión cuanto antes. Tu ve hacia la puerta. El embajador te estará esperando allí.

Marta se apeó del «DS».

Y tuvo un gesto impulsivo.

Sin que pudiera contenerse, sin saber exactamente por qué, oprimió con fuerza las manos de Johnny.

Con aquel gesto parecían morir un poco los viejos recuerdos de Nueva York, mientras la figura de Jim Burkley se difuminaba en la distancia.

Johnny también apretó sus manos.

Dio la sensación de que quería hacer algo más. De que quería repetir a plena luz el beso que se dieron en las tinieblas.

Pero se contuvo y soltó las manos de la muchacha poco a poco.

Ella vio arrancar el coche y luego se dirigió hacia la puerta. No sabía por qué, pero tenía un miedo invencible, un miedo que le llegaba hasta el fondo de los huesos.

De pronto exhaló un suspiro de alivio.

Volvió la tranquilidad a ella. No era sólo por la música y por la gente que se veía allí, más allá de las puertas, bailando y divirtiéndose. Era por el hombre que la esperaba en el umbral y tendía suavemente sus manos hacia ella.

—Marta...

—Señor embajador... Gracias.

—Parece usted asustada...

—Lo he estado a ratos, pero ahora ya me siento tranquila, gracias a usted. ¿Ha hablado con Johnny?

—Con Johnny, no. Con el portero.

—Es cierto. Ha sido él quien ha llamado desde la cabina de la entrada.

—Por favor, acompáñeme. La llevaré otra vez a su habitación mientras Johnny vuelve. Porque supongo que volverá enseguida.

—Sí. Me ha dicho que no tardará.

Marta se sintió tomada por el brazo y acompañada. Y se sintió también protegida por aquella mano dura y fuerte todavía, detrás de la cual estaba el poder de una de las naciones más importantes de Europa.

No fueron, pese a lo que acababa de decirle, a la habitación asignada a Marta. Ésta se encontró en un despacho muy bien amueblado, digno de un embajador o de un alto secretario. Había tres teléfonos de diferentes colores, y las ventanas estaban cerradas. Hasta allí no llegaba el lento siseo de la música.

—Siéntese, Marta, por favor. ¿Quiere beber algo?

—Creo que me sentaría bien.

—Enseguida se lo preparo.

El hombre se volvió, abrió un discreto mueble bar, tomó una bandeja de plata, una botella y una copa. Se acercó con las tres cosas a Marta, que estaba sentada junto a la mesa.

—Gracias, señor embajador.

Marta había alzado los ojos.

Y vio una sola cosa.

Una cosa que no tenía importancia.

¿O sí?...

La luz de la pantalla daba de lleno en la cara del hombre.

Era una cara tranquila, casi angulosa, enérgica. Pero no había en ella... ¿qué era lo que no había?

Él sonrió.

—¿Por qué me mira así?

—¿Yo?...

—Sí. Me estaba mirando de una forma extraña. Como si a usted le sorprendiera algo de mí.

—No, no me sorprende nada. Perdóneme.

Y Marta tomó el vaso que había encima de la bandeja.

Pero su mano temblaba.

¿Qué era lo que había visto en el rostro de aquel hombre? O mejor dicho: ¿qué era lo que «no» había visto?

Era algo que le dijo Johnny, algo que no tenía sentido, o tal vez sí...

Y de pronto recordó.

El monóculo...

¡Johnny le había dicho que el embajador usó monóculo durante muchos años, cuando estaba en el Estado Mayor alemán! ¡Y que aún conservaba la señal junto a uno de sus ojos!

Pues bien, eso era lo que ella notaba a faltar.

Aquel hombre no tenía ninguna señal junto a los ojos.

Por lo tanto no era... no era...

Marta no se atrevía a pensarlo.

¡Craaaak!

El sonido de la bandeja al caer al suelo fue como un trueno en sus oídos. Fue como la señal de que todo estaba cambiando. La sórdida señal de la muerte...

Debajo de la bandeja estaba el cuchillo.

El hombre lo había estado sosteniendo todo el rato, mientras se acercaba a ella y mientras le ofrecía el vaso.

Su rostro había cambiado por completo.

Era un rostro de ojos pequeños, mezquinos, metálicos. Una boca crispada en una mueca que era a la vez de desprecio y de odio.

—Lo siento, pequeña. Tarde o temprano hubieras tenido que morir, pero las cosas se han precipitado. Ha llegado tu hora...

Marta no podía ni respirar.

Y sin embargo, habló. Su voz le pareció lejana y desconocida al brotar de su garganta:

—Pero entonces el embajador es... es...

—El embajador es la persona que Johnny conoce... —dijo el hombre burlonamente—, y a cuya guardia estabas confiada. Pero por la enfermedad de su esposa no ha podido asistir a la fiesta ni recibirte. Yo, un alto empleado de la Embajada, he ocupado su lugar. Johnny, de todos modos, creía que él te había atendido. Ha habido una confusión que yo me he cuidado mucho de mantener. Él pensaba que tú hablabas con el embajador, mientras que tú pensabas que el embajador era yo... Pero ahora ya no hace falta seguir más con la comedia, muñeca. Ahora ya llevas demasiado tiempo estorbando y vas a morir... Johnny nunca sabrá quien ha acabado contigo... Nunca será capaz de aclarar esto...

Movió el cuchillo velozmente. En sus ojos pequeños y oscuros titilaba el odio. Marta se cubrió la cara con las manos mientras trataba inútilmente de apartarse, de huir...

Casi sintió el contacto del acero en su cuello.

Casi sintió el frío de la muerte.

Y en ese momento oyó el choque brusco de dos cuerpos al encontrarse en el aire. Oyó un grito de dolor, de sorpresa, de rabia. Abrió los ojos, que se desencajaron sin dar crédito a lo que estaban viendo.

—¡Johnny!

Porque era Johnny el que estaba allí. Porque era él quien se había lanzado sobre el falso embajador, desviando el cuchillo en el último instante. Era él quien le hacía rodar por el suelo como una peonza. Era él quien le golpeaba en el cuello con el canto de la mano abierta, Era él quien producía aquellos chasquidos, aquel grito de muerte, aquel estertor...

CAPÍTULO XVII

UN TALONARIO DE VIAJES

—No llegué a matarle —susurró Johnny, mientras cambiaba de posición en la cama—. No, no lo hice, aunque me hubiera resultado fácil entonces. Pero me interesaba hacerle hablar... ¡Y vaya si ha hablado, muchacho! Vaya si lo ha contado todo... Lo que hicieron con Piaskowi, lo que buscaban, lo que querían lograr... Ahora el tipo ha sido trasladado a Estados Unidos, porque el crimen, es decir, la muerte de Piaskowi, se cometió en Norteamérica. Dudo que tarde mucho en ir a la silla eléctrica...

—Pero entonces, Johnny —barboté—, si todo está aclarado, si lograste resolver ese sucio asunto, ¿quién ha tratado de matarte aquí, en Nueva York, cuando estabas en tu oficina? ¿Quién te ha dejado medio apiolado? ¿O es que aún no te has enterado de que hace una hora estabas entre la vida y la muerte?

Mi amigo musitó:

—Han sido los dos últimos miembros de la banda, los cuales querían impedir que acudiese a declarar en el juicio contra su jefe, el falso embajador alemán. Pero estoy seguro de que la policía dará con ellos dentro de unas horas. Al no conseguir matarme han sellado su suerte, porque tengo su descripción... Al contrario, eso hunde del todo las ya nulas posibilidades de salvación que tenía su jefe... No me importa lo que estoy pasando, Parker. No me importa con tal de que al fin todo resulte bien.

—¿Bien? —barboté—. ¿Bien de verdad? Pero ¿qué dices, muchacho? ¿Dónde está Marta entonces? Porque no me vas a decir que no te has enamorado de ella...

Una leve sonrisa afloró a los labios de Johnny. Una sonrisa que quizá entonces yo no comprendí bien.

—Marta me espera —susurró—. Y aunque le toque las narices a Jim Burkley, voy a casarme con ella.

—Lo comprendo —susurré—. Una chica succulenta, una cuenta corriente succulenta, una herida succulenta... No te falta nada, muchacho. Eres un tío de suerte. Pero, a todo esto, ¿dónde cuernos puede estar Jim? ¿Cómo es posible que no se le haya encontrado aún? ¿Y qué significan el ramo y el vestido de novia?

En aquel momento obtuve la respuesta.

Fue sin palabras.

La puerta se abrió.

Y un botones uniformado de una agencia de mensajerías entró con una carta y una especie de talonario de cheques que yo vi, al mirarlo con más detalle, que no eran sino los resguardos o matrices que quedaban de un billete aéreo múltiple, con numerosas hojas de pasaje. Un billete con unas anotaciones, que no comprendí entonces qué diablos significaba.

Johnny musitó:

—Por favor, léeme la carta.

Lo hice con voz insegura.

¡Diablo!, sólo tenía unas líneas.

¡Pero qué líneas!

Decía:

«Siempre he sido un inútil y un cobarde. Un cobarde que no se atrevía a comprarle a Marta su vestido de novia. Sé que usted la quiere y la merece. Permita que al menos la obsequie con algo que debí darle hace tiempo si yo hubiera sido un hombre de verdad: el vestido y el ramo de novia.

»Ya estoy de regreso en Estados Unidos... Para que vea la ruta que hice a través del mundo, ahí va el talonario de viajes aéreos que llevaba el profesor Piaskowi y del cual me apoderé. Puede servirle si se inicia una investigación sobre el caso, a la cual estoy dispuesto.

»Cuide siempre de Marta. Ella merece un hombre como usted y usted merece una mujer como ella. Yo, estúpido de mí, perdí mi oportunidad.

»Su buen amigo, si es que quiere aceptar mi amistad,

»Jim Burkley».

Cuando terminé de leer, el papel casi cayó de entre mis dedos.

¡Jim Burkley!

¡Y estaba otra vez en Nueva York!

¡Ahora comprendía de dónde habían venido el ramo y el vestido de novia!

Pero Johnny, el muy condenado, había comprendido aún más cosas que yo. Miraba como obsesionado el pasaje aéreo.

—¡Muchacho! —susurró—. ¡Parker! ¡Fíjate en eso!

—¿Pero en qué he de fijarme? ¿Es que hay dibujada alguna chica?

—¡Esas anotaciones!

—¿Qué anotaciones? ¿Esos números?

—¡Son una fórmula!

—¿Pe... pero qué dices?

—¡La fórmula de Piaskowi! ¡Ha estado viajando por el mundo entero sin que nadie lo sospechara! ¡Él la escribió en el talonario porque supo que no se fijarían en él! ¡Ahí está!... ¡Mientras la buscaban en París, ha dado la vuelta al mundo!

Me apresuré a darle aquel talonario, porque sentía como si quemara en mis dedos.

¡Diablo!, no fuera que por su causa también me apiolaran a mí.

Johnny musitó:

—¿Quieres hacerme un favor, Parker?

—¡Pues claro, muchacho!

—Avisa a Marta. Ve a buscarla a esta dirección y dile que venga. Ahora la necesito más que nunca. Ah, y si necesitas dinero, pídemelo...

—¿Qué si necesito dinero? —dije—. Pues... pues...

Y fui a pedírselo. ¡Claro que fui a pedírselo!

¿Aún no se han enterado ustedes de que Johnny, medio muerto y todo, era mi última esperanza?

Pero en aquel momento el médico entró de pronto.

—¿Aún está usted ahí? Pero ¿qué quiere hacer?... ¿Matarle?

Y me echó a cajas destempladas.

No pude ni pedir un dólar.

Ni para tabaco.

Ni para el Metro.

Ni para mi secretaria.

¡Y que encima le digan a uno, cuando le ven seguir por obligación a una rubia, que a lo peor es un tío disfrazado! «¡Usted sí que es un hombre de suerte!».

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

“WESTERN”

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

“CIENCIA FICCION”

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

